

## **PAUL KRUGMAN**

### **Premi Nobel d'Economia 2008**

**A continuació oferim un dossier que inclou una entrevista amb l'últim guanyador del Premi Nobel d'Economia Paul Krugman, les notícies que recullen l'esdeveniment i un recull de 12 interessants articles, publicats al New York Times des de 2004 fins l'octubre de 2008.**

**Paul Krugman és un dels referents més clars de la societat americana en contra de les polítiques de Bush. De fet, tal com es pot comprovar als seus articles, fa anys que, des de les seves anàlisis polítiques i econòmiques, va preveure la probabilitat de l'actual crisis.**

## ENTREVISTA A PAUL KRUGMAN

DARCY A. CROWE / FERNANDO GUALDONI - Madrid - 21/05/2004 EL PAÍS

Paul Krugman (Nueva York, 1953) es, quizá, el economista más influyente de su generación. Acérrimo crítico de las medidas económicas del Gobierno de Bush, tampoco Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal (banco central estadounidense) se ha escapado de sus observaciones sagaces, que en muchos casos van a contracorriente en EE UU. Una de sus nuevas preocupaciones es el andar de las economías europeas. En su última visita a Madrid, participó en Expomanagement, donde ante unos 1.500 ejecutivos presentó algunas de sus ideas sobre el futuro de la economía internacional.

**Pregunta.** Greenspan ha sido nominado para un quinto mandato al frente de la Fed. ¿Sigue siendo el hombre ideal para el puesto?

**Respuesta.** No. Ha pasado demasiado tiempo al frente de la Reserva Federal. Debería de haber abandonado ese puesto hace un par de años. De haberlo dejado, su reputación estaría ahora por las nubes. La realidad es, sin embargo, que Greenspan ha cometido errores gravísimos al frente de la política monetaria de Estados Unidos. A finales de la década de los noventa, cuando las bolsas estaban claramente sobrevaloradas y vivíamos en una burbuja bursátil, él actuó como un instigador de la llamada "exuberancia irracional" de los mercados.

**P.** Y en los últimos años, ¿cómo calificaría su labor?

**R.** Sus medidas han sido lógicas, rápidas y agresivas. Desde 2001 Greenspan ha cometido pocos errores en cuanto a política monetaria, pero sus comentarios respecto al recorte de impuestos del Gobierno de Bush y la política fiscal de esta Administración han sido equívocos y casi deshonestos. Utilizó su nombre y su prestigio para defender un recorte impositivo partidista y muy dañino para el futuro de Estados Unidos, ya que pone en juego las pensiones y los servicios sociales para toda una generación.

**P.** Sin embargo, la economía de Estados Unidos parece estar recuperándose.

**R.** Sí, pero es una recuperación muy débil a costa de un gigantesco estímulo fiscal. Yo no tengo nada en contra de recortar impuestos o de soportar un déficit fiscal para impulsar una recuperación económica. El problema con la política fiscal de Bush es que quiere hacer estas rebajas fiscales permanentes, algo muy peligroso. Además, los beneficiarios son los grupos sociales que menos lo necesitan. En cuanto a la recuperación, sólo hemos disfrutado de un trimestre de crecimiento espectacular. Los otros datos han sido más bien modestos. Se podría haber hecho mucho más para que arrancara la economía estadounidense sin que costara tanto. Lo más preocupantes es que si los recortes fiscales que ha llevado a cabo Bush se hacen permanentes, el resultado será catastrófico para nuestro sistema de pensiones.

**P.** Parece que la Fed está a punto de subir los tipos de interés. ¿Es el momento?

**R.** Me temo que no. Subir las tasas de interés en estos momentos es un error. Para empezar, el razonamiento de que la inflación está aumentando y por tanto hay que controlarla subiendo los tipos no me convence, ya que la presión inflacionaria es muy poca y casi toda se debe al alza del precio del petróleo. En los últimos meses, además, la tasa de desempleo todavía es preocupante. Es cierto que se está creando más empleo en Estados Unidos, pero esas cifras apenas están por encima del crecimiento de la población. El verdadero objetivo de una subida de tipos ahora mismo es darle una señal a las bolsas para que vuelvan a subir. El riesgo es, sin embargo, que una subida de tipos puede socavar la incipiente recuperación económica.

**P.** ¿La situación de las economías europeas es muy distinta a la de Estados Unidos?

**R.** Europa tiene otros problemas. Los países de la Unión Europea en los últimos años no se han comportado tan bien como deberían en términos económicos, especialmente si se compara con EE UU. Es un acertijo que muchos economistas estamos analizando y creemos que logramos entender algunas de las piezas. Una de ellas es el mercado laboral, que representa uno de los principales fracasos de las economías europeas. Otro defecto de Europa es que no ha sido capaz de disfrutar de la tremenda alza en los niveles de productividad que se ha visto en Estados Unidos. Desde mi punto de vista, ya sabemos qué es lo que hay que hacer para reducir las tasas de desempleo hasta un 5 o 6%. Pero no sabemos qué es lo que hay que hacer para mejorar la productividad.

**P.** ¿Cuál es la receta para rebajar el desempleo?

**R.** Aquí es donde mis puntos de vista parecen los de un norteamericano testarudo y de derecha. Europa ofrece demasiadas prestaciones de desempleo y son demasiado altas, hay muy poca flexibilidad en el mercado laboral y los costes de contratación para las empresas son demasiado elevados. Un país como España debería de reformar su sistema laboral y copiar un poco a Estados Unidos.

**P.** ¿Las repercusiones del déficit fiscal de Francia y Alemania pueden ser las mismas que en Estados Unidos?

**R.** La combinación de presión demográfica y fiscal es similar. Pero en Europa creo que políticamente será más fácil tomar las medidas necesarias para controlar los gastos o subir los impuestos y asegurar el mantenimiento de la red de servicios sociales. Estos servicios sociales son tan generosos que cualquier tipo de recorte puede tener un gran impacto en las cuentas del Estado. En Estados Unidos, el recorte tendrá que ser más drástico, a menos que los políticos decidan subir los impuestos. En Europa, además, el ambiente político no es tan polarizado, lo que permite un mayor margen para actuar y tomar las medidas necesarias.

**P.** ¿Pero asumir un déficit fiscal para impulsar su economía no es un error por parte de estos países?

**R.** Decir que todo el déficit fiscal se debe a que quieren impulsar la economía es incorrecto. El déficit fiscal se debe en parte a que sus gastos están fuera de control. Un déficit a corto plazo, sin embargo, que dure poco tiempo es una medida perfectamente válida. Un déficit fiscal del 4% en Estados Unidos o en Europa puede ser justificable.

**P.** Cambiando hacia América Latina, ¿piensa que será duradera la recuperación económica que vive el continente?

**R.** Mi impresión es que sí. El caso de Argentina es esperanzador, su recuperación ha sido mucho más rápida de lo que nos imaginábamos, y todavía tiene que hacer mucho para regresar a los niveles de 1998. Sin embargo, creo que Brasil corre mucho riesgo. En muchas ocasiones ha estado al borde del precipicio y ahora necesita más inversión.

**P.** ¿Y Japón ha salido también de la recesión en la que se encontraba?

**R.** Parece que finalmente su economía ha vuelto a despegar. Y, extrañamente, lo ha hecho sin aplicar las reformas económicas y estructurales que hacían falta, lo que demuestra que si una economía aguanta suficiente tiempo, tarde o temprano volverá a tener cifras de crecimiento.

## PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE CIENCIAS SOCIALES

RAQUEL GARZÓN - Oviedo - 22/10/2004 EL PAÍS

El economista estadounidense Paul Krugman (Nueva York, 1953) se calzó ayer en Oviedo, una vez más, el traje de *gurú* y predijo un mundo de "cuatro superpotencias" para dentro de 20 años. "Actualmente hay dos: EE UU, que actúa como si fuera única, y la UE. De aquí a 20 años se sumarán China e India. La novedad es que serán superpotencias pobres, gigantes en población y no ricas en producción *per cápita*. Será un cambio muy importante y habrá conceptos diferentes de lo que es justo. Occidente no tendrá el monopolio y quizás sea un mundo en el cual podamos cooperar a pesar de las diferencias culturales", afirmó.

El economista, que recibirá hoy el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, aseguró que "si las elecciones en EE UU fueran hoy y los votos se contaran con justicia, ganaría Kerry", y se sorprendió de que en los EE UU de Bush ("uno de los países más desiguales del mundo") se le tenga por un intelectual de izquierdas: "Es extraño, gracioso y da un poco de miedo porque tiene que ver con lo que sucede en mi país, donde cualquiera que esté a la izquierda de Atila es considerado izquierdista".

Por las dudas, Krugman, lo dejó claro: "No soy de izquierdas, pero sí soy muy crítico con el Gobierno actual de EE UU, que en lugar de responder a mis señalamientos me describe a mí como un radical. Me considero un moderado que vive en un mundo a lo George Orwell, que me moteja a mí de radical", sostuvo. Y adelantó cuatro escenarios "posibles y razonables" como resultado de las elecciones del 2 de noviembre: "Una clara victoria de Kerry, una clara victoria de Bush -no me gustaría, pero sería legítimo-, unas elecciones muy disputadas con arduos recuentos o unas elecciones sospechosas con triunfo de Bush". La última opción, dijo, "sería gravísima para la democracia". En todo caso, afirmó al evaluar la relación bilateral tras la retirada de las tropas españolas de Irak, "nos gustaría ver una reconstrucción de la coalición" entre España y EE UU tras las votaciones.

La globalización y sus miserias ("hay problemas y gente que sufre, pero hace 30 años parecía no haber esperanzas para el Tercer Mundo y hoy vemos crecimientos muy rápidos gracias al aumento de las exportaciones; eso tiene que ver con la globalización"), la deslocalización ("no es un problema para los países pobres porque les ofrece posibilidades, sino para los ricos") y la distribución de la riqueza ("EE UU vive en los años veinte del siglo pasado") fueron analizados también por el creador de la nueva teoría del comercio, profesor de Economía y Asuntos Internacionales de la Universidad de Princeton.

El petróleo y su crisis tampoco escaparon al examen. Una de cal y otra de arena resumen su visión: "Ésta no es la gran crisis, sino un ciclo de crisis convencional que se resolverá en un plazo de tres a cinco años. El desastre de Irak ha incidido, pero es el crecimiento chino y su demanda lo que nos ha

pillado por sorpresa. La crisis gorda no ha llegado todavía, pero se acerca. Se dará cuando lleguemos a los límites geológicos de producción de petróleo".

El autor de *El gran engaño* opinó también sobre la reciente ampliación de la UE con algo así como un no, pero bueno...: "Siempre ha habido tensiones entre la profundización y la ampliación. Son dos conceptos contradictorios. Existen más problemas de cohesión cuando hay que uniformar países con diversos niveles de ingreso. Si yo fuera europeo defendería una Europa más cohesionada, que avanzara no hacia un Estado- nación, pero sí hacia la uniformidad. La ampliación es buena, pero me preocupa que retrase el logro del proyecto original".

## EL NOBEL PREMIA AL MAYOR CRÍTICO DE LA POLÍTICA DE BUSH

La Academia sueca destaca los trabajos de Paul Krugman sobre la nueva teoría del comercio internacional

ALICIA GONZÁLEZ - Madrid - 14/10/2008

"Algo muy divertido me ha pasado esta mañana..." Ésa fue ayer la primera reacción pública de Paul Krugman (Nueva York, 1953) a la concesión del Premio Nobel de Economía, desde su blog en *The New York Times*.

"Algo muy divertido me ha pasado esta mañana..." Ésa fue ayer la primera reacción pública de Paul Krugman (Nueva York, 1953) a la concesión del Premio Nobel de Economía, desde su blog en *The New York Times*. Krugman, premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 2004, columnista del diario neoyorkino y profesor de Economía y Asuntos Internacionales en la Universidad de Princeton, ha sido uno de los posibles candidatos al premio desde hace años.

La Real Academia Sueca de las Ciencias justificó el galardón en "su análisis sobre los patrones comerciales y dónde se lleva a cabo la actividad económica".

En realidad, Krugman ayudó a fundar la nueva teoría del comercio internacional. La tesis clásica justificaba el comercio en el intercambio de los productos que cada uno de los países fabricaba por su ventaja comparativa. Krugman desarrolla un modelo que demuestra que "los países también intercambian productos similares porque aprovechan la variedad de gustos de los consumidores y las economías de escala", explica Federico Steinberg, investigador del Real Instituto Elcano. Además, admite que hay cosas en el mercado que se producen por casualidad (los accidentes históricos) y eso puede determinar donde se instala la producción.

"Este premio recupera la visión del economista que analiza la actualidad y está comprometido políticamente", apunta Steinberg. Y es que, como él mismo reconoce, en los últimos años su faceta de analista político ha ganado terreno a la investigación y ahí ha dejado claro su profundo rechazo a las políticas del Gobierno Bush. "Vamos a decirlo así, el Nobel se ha entregado a bastantes intelectuales y la mayoría de ellos rechaza a Bush", aseguraba ayer en la rueda de prensa.

Una posición que le ha granjeado grandes adeptos y un número similar de críticos y que difícilmente ha podido ser ignorada por el jurado del Nobel.

Krugman, premiado por unos trabajos que realizó hace treinta años, es un gran crítico del neoliberalismo económico y de la ausencia de regulación y supervisión de los mercados, el origen para muchos de la actual crisis financiera. A preguntas de EL PAÍS por videoconferencia, Krugman rechazó

connotaciones políticas indirectas en el premio "pero sí el reconocimiento del comportamiento imperfecto de los mercados", su gran batalla.

Krugman nunca ha ocultado sus posiciones demócratas y su respaldo a Hillary Clinton en la carrera por la nominación. Y eso que, con 29 años, formó parte del Consejo Económico Asesor de la Casa Blanca con el republicano Ronald Reagan en la presidencia.



# EL GRAN ENGAÑO

PAUL KRUGMAN

Las metáforas pueden resultar engañosas, pero la del “reloj del débito” de Manhattan es tan buena como la mejor. Un hombre de negocios dotado de espíritu público puso el reloj en marcha en 1989 con la esperanza de avergonzar a los políticos de manera que pasaran a actuar con responsabilidad. La deuda nacional, cada vez más elevada, alcanzaba cifras gigantescas, pues el Gobierno federal gastaba todos los años bastante más de lo que recaudaba, con lo que se veía obligado a tomar prestada la diferencia. Pero a finales de la década de 1990 ocurrió algo curioso: los ingresos del Gobierno provenientes de los impuestos subieron a la par que la Bolsa, y esos enormes déficit presupuestarios empezaron a disminuir hasta transformarse en superávit que batían marcas. En septiembre de 2000, el propietario del reloj lo detuvo. En julio de 2002, cuando el país se enfrentaba una vez más a un déficit monumental, volvió a ponerlo en marcha.

En la historia norteamericana reciente han ocurrido muchas cosas, además de que el Gobierno central afirmara que había vencido su larga lucha contra el déficit sólo para constatar, poco después, el regreso de los números rojos. Numerosos indicadores de nuestro bienestar nacional, por otro lado, evolucionaron de forma análoga a los presupuestos. A principios de la década de 1990 éramos un país deprimido, tanto desde el punto de vista económico como del social y político: uno de los libros más vendidos en esa época se titulaba *America: What Went Wrong*. Al final de ese periodo nos habíamos serenado, al parecer. La economía prosperaba, había empleos en abundancia y millones de personas se enriquecían. Los déficit presupuestarios dieron lugar a superávit nunca antes alcanzados. La larga ola de criminalidad que había comenzado en la década de 1960 llegó a su fin; las

grandes ciudades, para sorpresa de todos, se volvieron de pronto más seguras de lo que lo habían sido durante muchos años. El futuro se nos antojaba casi increíblemente prometedor.

Entonces, los buenos tiempos se terminaron. En 2003, nuestro tejido económico –y, tal vez, el de nuestro sistema político y el de nuestra sociedad– volvieron a dar la impresión de desintegrarse. La nación sentía inquietud, y las encuestas evidenciaban que la mayor parte de la población pensaba que el país estaba siendo conducido en una dirección equivocada.

## Los años tristes

A finales de la década de 1990, mientras todo parecía ir bien –el empleo aumentaba, las acciones subían, los presupuestos se cerraban con superávit y hasta la tasa de criminalidad bajaba–, el desánimo que había cundido al principio del decenio se borró de la memoria colectiva. En 2000, pocas personas recordaban el temor nacional dominante en 1992. No obstante, esa depresión es un antecedente fundamental de lo que vino después.

Si usted es una de esas personas que consideran que la grandeza nacional se define por el éxito militar (y quienes piensan así dirigen el país justo ahora), el desánimo que preponderaba en 1992 puede causarle perplejidad. Desde el punto de vista militar, Estados Unidos ocupaba entonces el primer lugar entre los países del mundo. El comunismo se había derrumbado. La guerra del Golfo Pérsico, que muchos temieron que se transformara en otro Vietnam, acabó siendo, por contra, una espectacular demostración del poderío militar norteamericano. Ya nos habíamos convertido en lo que somos hoy: la primera y única superpotencia mundial.

Sin embargo, la gloria no paga las facturas. Un dicho corriente en esa época (que se refería al contraste entre el estan-

camiento norteamericano y lo que parecía ser la imparable ascensión nipona) rezaba: “La guerra fría ha terminado, Japón la ha ganado”. Comparta o no usted la tesis de que Estados Unidos sufrió la competencia desleal japonesa (no sucedió así), aquél fue un tiempo de desilusión nacional.

Pese a que Japón no era el villano que algunos suponían –y que pronto pasó a padecer contratiempos económicos que constituyen una historia aleccionadora para todos nosotros–, los reveses de la economía norteamericana fueron bastante reales. Es cierto que, en 1992, los expertos en estadística afirmaban que la recesión de 1990-1991 había terminado. Pero en 1991-1992 todavía se daba una “recuperación sin creación de empleo”, o sea, un periodo en que el PIB crecía pero el desempleo seguía aumentando. En lo que concernía a los estadounidenses de a pie, la recesión continuaba. Tampoco iban mucho mejor las cosas para los trabajadores que conseguían mantener su empleo: el salario real del trabajador medio se había estancado o descendido a lo largo de casi veinte años. Las industrias tradicionales, como la del automóvil o el acero, en las que los trabajadores corrientes podían ganar buenos sueldos, parecían sufrir un declive continuado. La pobreza no sólo no disminuía, sino que aumentaba, y más del 20% de los niños vivían por debajo del umbral de pobreza, el porcentaje más elevado desde 1964.

La cultura popular reflejó el hondo sentimiento de desilusión nacional existente. Entre las grandes películas de los inicios de la década de 1990 se encuentran *Falling Apart*, sobre un trabajador despedido que monta en cólera; *Grand Canyon*, que aborda la amenaza de la delincuencia, y *Rising Sun*, que trata del declive norteamericano y la ascensión japonesa.

Y ¿qué pasaba con la promesa de las nuevas tecnologías? A principios de la dé-

cada de 1990, ésta parecía ser una esperanza frustrada. Por supuesto que las nuevas tecnologías nos rodeaban por todas partes, pero eso no parecía materializarse en resultados. Cada vez había más empleados que disponían de ordenadores, todas las oficinas contaban con fax y los teléfonos móviles y el correo electrónico empezaban a generalizarse, pero nada de eso parecía redundar en más puestos de trabajo o en un aumento del nivel de vida. Un importante economista (que más tarde sería un destacado triunfalista norteamericano)

me dijo en privado que consideraba la alta tecnología “una soberana tontería”.

Por encima de todo, los norteamericanos estaban decepcionados con sus dirigentes, tanto los del sector privado como los del público. Cualquier librería de aeropuerto tenía en exposición pilas de libros con guerreros samuráis en la portada que prometían enseñar a los lectores los secretos de la gestión japonesa; la cuestión no era sólo que los nipones diesen la impresión de saber cómo dirigir una empresa moderna, sino que los norteamericanos ofrecieran la contraria. Los artilugios más novedosos parecían todos provenir de Japón; la etiqueta “made in the USA” ya no era una garantía de calidad y, además, muchos consumidores empezaron a desconfiar de los productos nacionales. Se ridiculizaba a los directivos de las grandes empresas, a los que se consideraba unos torpes incompetentes con



sueldos excesivos. Cuando el presidente George Bush llevó a los ejecutivos de una compañía automovilística a Japón para exigir concesiones económicas, la iniciativa acabó convirtiéndose en un desastre de relaciones públicas.

La falta de respeto se extendió a nuestros políticos. Lo más extraordinario de las elecciones de 1992 no fue la derrota de Bush. Fue el que H. Ross Perot, un candidato ajeno a la política, obtuviera el 19% de los votos. En un país donde los terceros partidos nunca han prosperado, ese resultado indicaba una gran falta de confianza en los dirigentes políticos convencionales. En resumen, aquél no fue el mejor de los tiempos, y numerosos observadores esperaban que las cosas empeoraran todavía más. Sin embargo, a lo largo de los ocho años siguientes el país experimentó un asom-

broso cambio económico y social.

### Los años buenos

Hizo falta bastante más tiempo para que las personas se dieran cuenta de que las cosas, en efecto, habían mejorado. Se diría que el pesimismo se había convertido en un rasgo nacional. Todavía en el invierno de 1995-1996, a pesar de la caída constante de la tasa de paro, los diarios estaban repletos de titulares alarmistas sobre la pérdida de empleo y el declive económico. En la campaña presidencial de 1996, los economistas de Bob Dole criticaron al Gobierno de Clinton

por lo que afirmaban era una recuperación económica lenta y débil. Los profesionales menos partidistas pensaban de modo distinto, pero aún eran cautelosos, pues habían visto demasiadas recuperaciones que resultaron falsas. Sin embargo, llegó un momento en que las evidencias resultaron demasiado claras como para negarlas: la economía de EE UU mejoraba de verdad. Y empezó a creerse que lo mismo le pasaba a nuestra sociedad.

Dado nuestro presente estado de renovada desilusión, resulta tentador descartar, como si de un espejismo se tratara, todo lo que fue bien durante los años de Clinton. El optimismo desbordado de finales de la década de 1990 excedió, en efecto, de la realidad. Pero los logros auténticos de la sociedad fueron espectaculares. Había trabajo en abundancia a finales de la década de 1990, más de lo que había existido en déca-

das, lo que constituía el hecho más importante en la vida de la mayoría de las personas. Entre 1992 y 2000, las empresas de EE UU añadieron a sus nóminas 32 millones de trabajadores, con lo que consiguieron que la tasa de paro fuera la más baja en treinta años. El pleno empleo significaba trabajo y la oportunidad de escapar de la pobreza en la que las familias se habían visto atrapadas: por primera vez desde la década de 1960, el nivel de pobreza cayó en picado. En parte como consecuencia de esto, los indicadores sociales, como por ejemplo las tasas de delincuencia, mostraron una mejoría llamativa: a finales de la década de 1990, la ciudad de Nueva York era más segura de lo que había sido a mediados de la década de 1960.

Si el crecimiento del empleo era impresionante, el aumento de la productividad —lo producido por cada trabajador— lo era más aún. Durante las décadas de 1970 y 1980, el escaso ascenso de la productividad —apenas un 1% al año— era el principal punto débil de la economía norteamericana. La pobre evolución de la productividad fue la razón fundamental del estancamiento del nivel de vida de las familias estadounidenses medias: una economía en la que la productividad no sube no puede proporcionar un aumento sostenido de los salarios. Pero en la década de 1990 la productividad despegó; a finales de ese periodo, crecía más que nunca en la historia norteamericana y acabó con el prolongado estancamiento de los sueldos.

¿Por qué subió la productividad? La principal respuesta es, con toda probabilidad, que la tecnología de la información había llegado a su mayoría de edad: todos esos ordenadores y esas redes por fin mostraban su utilidad. Pero, como es comprensible, los dirigentes empresariales se llevaron gran parte del mérito. Mientras que Japón se tambaleaba, las empresas norteamericanas recobraron la confianza y los hombres de negocios se transformaron en héroes. Fue la era en que los grandes ejecutivos eran superestrellas. ¿Y qué si obtenían supersueldos? Al parecer, Estados Unidos había ideado un sistema por el que los grandes incentivos producían grandes resultados.

Además, estaba el mercado de valores. A finales de 1992, el índice Dow Jones se situaba en los 3.500 puntos; en 2000 había subido en vertical a más de 10.000. Y, sin embargo, sus inversores se sentían perdedores, pues no habían conseguido hacerse con los beneficios realmente grandes, dado que las acciones tecnológicas transformaron a muchas personas en millonarias de forma

instantánea. Nunca antes, desde 1929, y quizá ni siquiera entonces, el enriquecimiento rápido había parecido tan asequible. Y voces que daban la impresión de estar bien informadas aseguraban que lo mejor todavía estaba por llegar, pues el Dow Jones pronto alcanzaría los 36.000 puntos.

Pero los escépticos del mercado de valores también existían; yo era uno de ellos. (Mantuve asimismo algunas dudas iniciales sobre el milagro de la productividad norteamericana. En 2000 creía en él, pero todavía pensaba que las cotizaciones de la Bolsa eran excesivas). Y aquellos de entre nosotros que seguían la marcha de las economías extranjeras también experimentábamos cierta preocupación por lo que podría ocurrir cuando la Bolsa volviera a descubrir la ley de la gravedad. Existían similitudes innegables entre la economía de Estados Unidos a finales de la década de 1990 y la “burbuja económica” de Japón durante la década anterior; después de que estallara la burbuja de la Bolsa en ese país, la economía japonesa, que parecía imparable, cayó en una depresión profunda que continúa hoy en día.

No obstante, la década de 1990 nos había proporcionado motivos para el optimismo, aunque la burbuja reventara. La mala gestión había agravado los problemas del país nipón, mientras que la dirección económica de Estados Unidos era excepcionalmente buena. En los primeros años del gobierno de Clinton, eso no era evidente para todos. Yo mismo fui un crítico bastante acerbo del equipo económico del nuevo presidente, cuando todavía no se había afirmado por completo la ascendencia de Robert Rubin. Pero al final de la década, la “economía de Rubin” triunfaba. En primer lugar, Clinton se atrevió a subir los impuestos para acabar con el déficit presupuestario, lo que, sin duda, constituyó una osadía. A su antecesor, George Bush, le habían crucificado por practicar la misma medida (aunque incluso Ronald Reagan había eliminado parte de los recortes impositivos que él mismo había decretado); los conservadores auguraron que el incremento de impuestos de Clinton hundiría la economía. Sin embargo, su decisión fue la correcta, y obtuvo a cambio una economía floreciente y el superávit presupuestario.

Washington demostró, además, que sabía enfrentarse a las crisis con flexibilidad y eficacia. Cuando se hundió el peso mexicano en 1995, el Gobierno, plantando cara una vez más a las críticas acerbadas de la derecha, prestó ayuda a nuestro vecino. Surgió entonces en Asia una crisis financiera todavía más importante. En otoño de 1998 ya

se había extendido a Estados Unidos, y el incumplimiento ruso en el pago de la deuda llevó a la quiebra al Long-Term Capital Management, un gran fondo de inversiones de alto riesgo. Los mercados financieros se paralizaron de pronto: cesaron prácticamente las compras y ventas. Estuve en una reunión en la que un funcionario de la Reserva Federal norteamericana nos habló de la situación; cuando le preguntamos qué podíamos hacer, nos contestó: “Rezar”. Sin embargo, Rubin, junto con Alan Greenspan, consiguió transmitir una sensación de tranquilidad. (¿Se acuerdan de cuando la gente llegó incluso a admirar al secretario del Tesoro?). Los mercados se recuperaron. A principios de 1999, el presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan; el secretario del Tesoro, Robert Rubin, y el vicesecretario del Tesoro, Larry Summers, aparecieron en la portada de *Time*, que los calificó, sin demasiada originalidad pero de forma muy justificada, como “la comisión para salvar el mundo”.

Al comienzo del nuevo milenio parecía, por tanto, que Estados Unidos había sido bendecido con unos dirigentes económicos maduros y capaces, que, en caso de necesidad, harían lo que tuvieran que hacer. Insistirían en una política fiscal responsable, actuarían de forma rápida y eficaz para evitar que se repitiera la recuperación con desempleo de los inicios de la década de 1990, por no hablar de un estancamiento al estilo japonés. Hasta los que nos considerábamos pesimistas éramos, en el fondo, optimistas: pensábamos que los inversores especulativos podrían tener un despertar amargo, pero que todo terminaría bien.

### Estados Unidos: ¿qué salió mal?

El semanario satírico *The Onion* se describe como “la mejor fuente de noticias de Estados Unidos”, y en los últimos años ésta ha sido la pura verdad. Su historia humorística del 18 de enero de 2001 era un discurso en el que el presidente electo, George W. Bush, afirmaba: “Ha terminado nuestra larga pesadilla nacional de paz y prosperidad”. Y así ocurrió.

¿Qué pasó con los años buenos? Para muchas personas, el gran punto de inflexión emocional —el momento en que el sueño de seguridad saltó por los aires— fue el 11 de septiembre de 2001. Pero, para mí, el cambio fue más lento y general. No quiero minimizar el horror. Sin embargo, para cualquiera que siguiera los acontecimientos de Oriente Próximo estaba claro que Estados Unidos era un objetivo del terrorismo. Recuérdese que, al principio, todos pensaron que los musulmanes esta-

ban implicados en el atentado de Oklahoma City de 1995. Los expertos en terrorismo nos avisaron repetidas veces de que algún día un gran ataque tendría lugar en suelo norteamericano, a pesar de lo cual la magnitud de la masacre del 11 de septiembre supuso un duro golpe. Sabíamos que había gente ahí fuera que nos quería hacer daño; no resultó una gran sorpresa cuando, al fin, se salieron con la suya. La verdadera sorpresa fue la falta de liderazgo, tanto en el sector público como en el privado, aquí mismo, en nuestro país.

Algunas personas se dieron cuenta de que se habían cometido excesos en los negocios en la década de 1990, si bien les costó hacerse escuchar. Pero la extensión y el descaro de esos abusos fueron mucho mayores de lo que nadie había sospechado. Como aprendimos demasiado tarde, el mercado en alza alentaba y ocultaba a la vez la mala conducta empresarial a una escala monumental. ¿Quién podría imaginarse que compañías famosas, que las escuelas de administración presentaban como los auténticos modelos de la gran empresa moderna, resultarían ser poco más que una idea delirante? (De hecho, algunas personas lo dijeron, pero se las tomó por chifladas).

Todavía más preocupante fue la revelación de que nuestro sistema político era bastante menos maduro de lo que suponíamos, y que el liderazgo responsable que asumíamos había sido una especie de accidente. Durante la campaña de 2000, George W. Bush propuso unos planes acerca de los impuestos y la Seguridad Social que, como era evidente, se basaban en una aritmética dudosa. Los medios de comunicación, sin embargo, se centraron en la política de la personalidad y evitaron explicar esas cuestiones. Entretanto, Alan Greenspan resultó no ser quien pensábamos que era: el firme defensor de la austeridad y la disciplina fiscales; en el tiempo en que un demócrata ocupaba la presidencia se transformó en alguien que hacía apología de los recortes irresponsables de impuestos y los autorizaba, incluso con un déficit en vertiginoso ascenso, una vez que la Casa Blanca hubo cambiado de manos.

El nuevo equipo, además, no evidenció ni la responsabilidad a largo plazo ni la flexibilidad a corto plazo de sus predecesores. El plan económico original de Bush preveía grandes recortes en los impuestos durante un largo período en un proceso de incremento escalonado. En 2002, quedó patente que ese plan sufría reverses. Al igual que su padre, Bush presidía una “recuperación sin creación de empleo”, o sea, la economía crecía, pero demasiado despacio como para

originar nuevos puestos de trabajo, por lo que la mayoría de las personas se encontró con que vivía peor. La economía no necesitaba en absoluto de estímulos a corto plazo, ni tampoco de recortes de impuestos a largo plazo. Y el notable deterioro de los presupuestos implicaba que ese recorte de los impuestos a largo plazo no podría ser asumido ni siquiera remotamente. Sin embargo, los asesores de Bush seguían insistiendo en que su programa, diseñado en 1999 cuando la burbuja estaba en su apogeo, era la solución precisa para las dificultades económicas del momento. A principios de 2003, cuando por fin parecieron darse cuenta de que hacía falta algo más, el nuevo plan de “estímulos” fue casi un clon del original: apenas nada para estimular la economía del momento, sino muchas bajadas de impuestos a largo plazo, sobre todo para los ricos.

Y había algo todavía más inquietante: poco a poco pareció claro que ocurría algo aún más profundo que una mala ideología económica. El gran problema era el cambio radical en la política de Estados Unidos, tema central de la introducción de este libro.

Han ocurrido muchas cosas en los tres últimos años: la caída del mercado de valores, los escándalos empresariales, la crisis energética, el retroceso en la cuestión del ambiente, el déficit presupuestario, la recesión, el terrorismo, las alianzas problemáticas y ahora, por último, la guerra. He escrito acerca de todo eso, principalmente desde el punto de vista económico. Pero para poder hablar de economía cada vez es más necesario escribir sobre política. Y existe un hecho político que influye sobre mucho de lo ocurrido en este país en los últimos tiempos, y que consiste en la ascensión e incremento del predominio de un movimiento político extremista, justo aquí, en Estados Unidos.

Hablo, por supuesto, de la extrema derecha norteamericana, la cual controla hoy de hecho la Casa Blanca, el Congreso, gran parte del poder judicial y una buena parte de los medios de comunicación. La hegemonía de ese movimiento lo cambia todo: las viejas reglas de la política han dejado de ser aplicables. Me propongo ofrecer una panorámica de ese ascenso y de la manera en que modifica las cosas.

### Un cambio radical de política

La mayoría de las personas tardó en percatarse de que un cambio radical impresionante había tenido lugar en la escena política del país. En las elecciones de 2000 muchos pensaron que no había demasiado en juego; durante los dos primeros años del

Gobierno de George W. Bush, numerosos analistas políticos insistieron en que la inclinación conservadora extremista de esa presidencia no constituía más que una maniobra pasajera, pues Bush regresaría al centro una vez lograra consolidar sus bases. La población todavía no se ha dado cuenta de hasta qué punto nuestros dirigentes son extremistas. Un ejemplo llamativo: en el otoño de 2001, cuando se solicitó a algunos norteamericanos, mediante grupos de debate, que opinaran sobre el proyecto republicano de recortar con retroactividad los impuestos a las empresas, hubo participantes a los que, sencillamente, les resultó increíble el relato que los jefes de grupo hicieron de la propuesta.

Fui uno de los primeros en darme cuenta de que algo importante estaba ocurriendo. Me encontraba en situación de advertir la falta de conexión entre las afirmaciones oficiales y la realidad; como periodista independiente, no formaba parte de la cultura de Washington, la cual no considera de buen tono insinuar que los políticos importantes albergan segundas intenciones que tienen muy poco que ver con los objetivos declarados. Pero, ante los restos del naufragio, constato que tampoco yo comprendí hasta dónde ese estado de cosas podía llegar.

Tomemos el ejemplo más claro. En 2001 incluso numerosos liberales pensaron que no se debía armar demasiado revuelo por la irresponsabilidad fiscal de Bush. La rebaja de impuestos no es una buena idea, dijeron, pero tampoco es tan importante. Sin embargo, en 2003 nos enfrentamos al espectáculo sin precedentes de un Gobierno que propone recortes adicionales en los impuestos, no sólo cuando estamos ante un déficit inaudito, sino en medio de una guerra. (“Nada es más importante ante una guerra que bajar los impuestos”, afirmó Tom DeLay, el líder de la mayoría en el Congreso).

Otro ejemplo: a los que sugirieron que los republicanos utilizarían el 11 de septiembre para sacarle ventajas políticas se les acusó con insistencia de socavar la unidad nacional. Sin embargo, eso ha sucedido: durante la campaña electoral de 2002, los que hacían propaganda a favor de los republicanos distribuyeron panfletos en los que se asociaba al senador demócrata Tom Daschle con Sadam Husein.

¿Qué está pasando y por qué la mayoría de las personas ha tardado tanto tiempo en darse cuenta de la realidad? Encontré un libro que describe la situación casi perfectamente. No se trata de otro libro de un liberal sobre el Estados Unidos con-

temporáneo; es un viejo texto, ni más ni menos que de Henry Kissinger, acerca de la diplomacia del siglo XIX.

### Un poder revolucionario

Allá por 1957, Henry Kissinger —entonces un joven estudiante de Harvard, brillante e iconoclasta, con su futura carrera de cínico manipulador político y, después, de amiguete capitalista, todavía lejana en el tiempo— publicó su tesis doctoral, *A World Restored*. Podría pensarse que un libro sobre los esfuerzos diplomáticos de Metternich y Castlereagh no tiene relevancia para la política de Estados Unidos en el siglo XXI. Pero las tres primeras páginas de la obra de Kissinger me produjeron escalofríos, pues, dados los acontecimientos actuales, son de una gran pertinencia.

En esas páginas iniciales, Kissinger describe los problemas de un sistema diplomático, hasta ese momento estable, cuando ha de enfrentarse a un “poder revolucionario” que no acepta la legitimidad de aquél. Puesto que el libro aborda la reconstrucción de Europa después de la batalla de Waterloo, el poder revolucionario que el autor tiene en mente es la Francia de Robespierre y Napoleón, aunque, de una manera implícita pero clara, también traza un paralelismo con el fracaso de la diplomacia para enfrentarse de manera eficaz a los regímenes totalitarios de los años treinta del siglo XX. (Establecer paralelismos no implica reivindicar una equivalencia moral). A mí me resulta evidente que habríamos de considerar el movimiento de la derecha norteamericana —la cual, a día de hoy, controla de hecho el ejecutivo, las dos cámaras del Congreso, gran parte del poder judicial y la mayoría de los medios de comunicación— un poder revolucionario en el sentido que le dio Kissinger. En otras palabras, se trata de un movimiento que no acepta la legitimidad de nuestro sistema político actual.

¿Exagero la cuestión? En verdad, existen pruebas abundantes de que personas clave en la coalición que hoy gobierna el país piensan que algunas arraigadas instituciones políticas y sociales norteamericanas no deberían, en principio, existir, así como tampoco aceptan las normas que los demás asumimos.

Consideremos, por ejemplo, el Estado de bienestar tal como lo conocemos: los programas del *new deal*<sup>1</sup>, como la Seguri-

<sup>1</sup> *New deal*: Serie de medidas políticas promulgadas en la década de 1930 por el presidente Franklin D. Roosevelt para promocionar la recuperación económica y las reformas sociales. (*N. de la T*)

dad Social y el seguro de paro, y los de la Gran Sociedad, como el Medicare<sup>2</sup>. Si leemos los textos provenientes de la Heritage Foundation, institución que está al frente de la ideología económica del Gobierno Bush, nos encontramos con un proyecto muy extremista: esa institución no sólo quiere acabar con los programas del New Deal y de la Gran Sociedad sino que considera la misma existencia de éstos como una violación de sus principios básicos.

Analícemos, asimismo, la política exterior. Desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha erigido su política en torno a las instituciones internacionales, a la vez que ha procurado dejar claro que no

<sup>2</sup> Medicare: Servicio de asistencia sanitaria federal que cubre parcialmente los cortes del tratamiento médico y hospitalización de los jubilados (mayores de 65 años), enfermos renales y disminuidos físicos o psíquicos, aunque no atiende a los pacientes de larga duración ni facilita todos los servicios sanitarios. (*N. de la T*)



es un poder imperialista a la vieja usanza ni emplea su fuerza militar como se le antoja. Pero si examinamos la postura a ese respecto de los intelectuales conservadores que fomentaron la guerra contra Irak, percibimos que desprecian todo eso; Richard Perle, presidente de un consejo consultivo clave en el Pentágono, desestimó el “concepto liberal de seguridad según las leyes internacionales que las instituciones internacionales aplican”. No dudan en emplear la fuerza; Michael Ledeen, del American Enterprise Institute, un importante ideólogo cercano al Gobierno, afirmó que “somos un pueblo guerrero y nos gusta la guerra”. La hipótesis de que el conflicto de Irak no era más que un ensayo para una serie de pequeñas guerras estupendas pareció, al principio, una fantasía izquierdista, pero numerosas personas afines a la presidencia han dejado claro que consideran ese conflicto sólo un comienzo, y John Bolton, un alto funcionario del Departamento de Estado, dijo asimismo a sus homólogos israel-

líes que, después de Irak, Estados Unidos “se encargaría” de Siria, Irán y Corea del Norte.

Y todavía hay más. La separación entre la Iglesia y el Estado constituye uno de los principios fundamentales de la Constitución norteamericana. Pero Tom DeLay, el líder de la mayoría en el Congreso, ha dicho a los electores que planea promocionar una “visión bíblica del mundo”, y que el motivo de su persecución incansable a Clinton radicaba en que éste no compartía esa perspectiva. (DeLay también ha arremetido contra la enseñanza de la teoría de la evolución en las escuelas, y ha llegado al punto de atribuir a ese estudio la matanza del Instituto Columbine.)

Es dudoso incluso que las personas que gobiernan el país acepten realmente el concepto según el cual la legitimidad emana del proceso democrático. Paul Gigot, de *The Wall Street Journal*, alabó con entusiasmo la “revuelta burguesa” con que unos manifestantes violentos pusieron fin a un recuento de votos en Miami. (Los alborotadores, como se supo más tarde, no eran ciudadanos descontentos, sino activistas políticos a sueldo). Entretanto, George W. Bush cree, según su amigo íntimo Don Evans, ahora secretario de Comercio, que fue llamado por Dios a dirigir la nación. Tal vez eso explique el motivo por el que la reñida elección de 2000 no parezca haber inspirado la menor cautela o humildad a los vencedores. Consideremos la respuesta del juez Antonin Scalia a un estudiante que le preguntó cómo se había sentido al emitir el fallo de la Corte Suprema que daba la victoria a Bush. ¿Había sido angustioso? ¿Le preocuparon las consecuencias? No: “Fue una sensación estupenda”, declaró Scalia.

Supongamos, por un momento, que se toma usted en serio el panorama que acabo de describirle. Llegaría a la conclusión de que a nuestros actuales dirigentes no les gusta en realidad Estados Unidos tal como es. Si combinamos sus proyectos explícitos, el objetivo resulta ser algo así: un país que carezca básicamente de una red de seguridad social, que confíe sobre todo en su poderío militar para imponer su voluntad en el exterior, dotado de escuelas que no enseñen la teoría de la evolución, aunque sí religión, y, probablemente, un país en el que las elecciones sean una mera formalidad.

Sin embargo, a los que dan por buena la palabra de los derechistas de la línea dura ahora en el poder, y afirman que éstos pueden intentar llevar a cabo sus objetivos extremistas, se les tacha normalmente de “escandalosos”, o de pasarse. La sabiduría con-

venencial dice que, por supuesto, hay que descontar la retórica: las metas de la derecha son más modestas de lo que sugiere esa descripción. ¿De verdad lo son?

Volvamos a Kissinger. Su descripción de la desconcertada respuesta de los poderes establecidos ante el desafío de una fuerza revolucionaria funciona también como un relato de la forma en que las instituciones políticas y los medios de comunicación norteamericanos han contestado al extremismo de la presidencia de Bush a lo largo de los dos últimos años:

“Amodorrados por el largo periodo de estabilidad que parecía inalterable, les resulta casi imposible tomarse en su sentido literal la afirmación del poder revolucionario, según la cual pretende destruir el marco existente. Los defensores del *statu quo* tienden, así, a empezar tratando a la fuerza revolucionaria como si sus reivindicaciones fuesen una mera táctica; como si en realidad aceptase la legitimidad actual pero exagerara su postura para conseguir ventajas; como si le moviesen quejas específicas que pudieran satisfacerse con concesiones limitadas. A los que avisan a tiempo del peligro, se les toma por alarmistas; a los que aconsejan adaptarse a las circunstancias, se les considera equilibrados y sanos ... Pero la esencia de un poder revolucionario consiste en ser consecuente con sus convicciones, y en estar dispuesto a llevar, incluso con impaciencia, su ideario hasta su realización definitiva”.

Como dije antes, este pasaje del libro me produjo escalofríos, pues explica muy bien el, por otra parte, desconcertante proceso a través del cual el Gobierno ha conseguido sacar adelante una política extremista, sin que prácticamente se la haya cuestionado ni haya sufrido una oposición real, lo que es digno de nota. Para mejor explicar ese asunto, permítaseme comentar dos ejemplos importantes: el recorte de impuestos de 2001 y la guerra de Irak de 2003.

### Los recortes de impuestos y la guerra

La guerra y la política económica, a primera vista, tienen poco en común, y en épocas normales desempeñan papeles muy distintos en el escenario político. Sin embargo, existió una semejanza notable en la forma en que los recortes de impuestos de Bush y su guerra de Irak fueron presentados.

El candidato Bush expuso su propuesta original de recortes fiscales en 1999 para fortalecer sus credenciales derechistas y así vencer a Steve Forbes en unas elecciones primarias del partido republicano. Todos los que estaban al tanto de la historia política reciente sabían que Forbes representaba un ala de ese partido que siempre quiere disminuir los impuestos a los ricos, con independencia de las circunstancias económicas. Al fin y al cabo, los líderes de

los republicanos en el Congreso intentaron todos los años, durante la década de 1990, que se aprobaran grandes recortes de impuestos, tanto en las fases buenas como en las malas, fuera con déficit o con superávit. Un juicio perspicaz hubiera sido pensar que Bush se había apuntado a esa posición, y que, por consiguiente, sus objetivos eran muy extremistas, como han resultado ser. Tal como señala Dan Altman, de *The New York Times*, si se toman en su conjunto las propuestas del Gobierno sobre los impuestos, éstas logran una vieja meta de la extrema derecha: la desaparición de todos los impuestos sobre las rentas de capital, con lo que pasaríamos a un sistema en el que sólo se gravarían los salarios; uno, en última instancia, en que las rentas del trabajo tributarían, pero las que provinieran de otras fuentes, no.

La cuestión es que, en lo que a impuestos respecta, la derecha había en cierto modo declarado su intención de, en palabras de Kissinger, “destruir el marco existente”, en este caso el del sistema tributario norteamericano tal como hoy lo conocemos. Pese a la posición extrema evidente de los que están detrás de la política de Bush, los moderados se convencieron de que los objetivos del presidente eran limitados, por lo que le podrían aplacar con una victoria igualmente limitada. Asimismo, los moderados, reacios a admitir las metas extremistas de Bush, tomaron como verdaderas las razones, siempre cambiantes, que el Gobierno ofrecía para una política que, por el contrario, permanecía invariable. Al principio, las bajadas de impuestos tratarían de devolver a la gente un superávit excesivo, y, miren por dónde, muchos demócratas votaron a favor de los recortes de 2001, aceptando ese supuesto. Luego, cuando el superávit desapareció, los recortes se destinarían a estimular la economía a corto plazo. Después, cuando se evidenció que no se había alcanzado ese fin, las rebajas fiscales pasaron a tener el propósito de alentar el crecimiento a largo plazo. Incluso ahora les resulta difícil a muchos políticos y periodistas bienintencionados enfrentarse a la verdad.

Pero, ¿y qué ocurre con la guerra?

Aquellos que siguieron los debates sobre la política exterior sabían que un importante sector de la derecha estaba tan decidido a tener una guerra en Oriente Próximo como lo estaba otro a bajar los impuestos. Ya en 1992, Paul Wolfowitz, entonces subsecretario de Defensa (y hoy secretario adjunto), procuró hacer de lo que hoy se conoce como la “doctrina Bush” nuestra postura oficial sobre Defen-

sa: redactó un documento que incitaba a la intervención en Irak y legitimaba los ataques preventivos en otros países. Dick Cheney, en aquella época secretario de Defensa, respaldó al principio ese punto de vista. Se retractó ante las protestas públicas, aunque tanto él como varias personas hoy en puestos clave del Gobierno siguieron haciendo campaña a favor de una guerra contra Irak y de la adopción de los ataques preventivos como norma política a lo largo de la década de 1990.

Con esos antecedentes, era evidente, o así habría de serlo, que la propuesta de la invasión de Irak, al igual que los recortes de impuestos, no era en realidad una respuesta a los acontecimientos que entonces tuvieron lugar (en este caso, los del 11 de septiembre), sino que formaba parte de un proyecto ya existente y mucho más extremista. Sin embargo, a semejanza de lo que sucedió con la cuestión de las bajadas de impuestos, los medios de comunicación y los políticos no fueron capaces de aceptar que la derecha persiguiese de hecho las metas que había declarado. La mayoría de la gente, por el contrario, tomó por sinceras las razones ostensibles, siempre cambiantes, que el Gobierno de Bush ofreció. La guerra contra Irak se justificó, al principio, por la supuesta relación entre Sadam Husein y Al Qaeda. Cuando, tras denodados esfuerzos, no se encontraron pruebas de la existencia de ese vínculo, la cuestión pasó a ser el hipotético programa nuclear de Sadam. (El Gobierno desdibujó el asunto de forma deliberada, al ampliar la expresión “armas de destrucción masiva” para que abarcara también las armas químicas, aunque los gases venenosos no pertenecen en realidad a la misma categoría y nunca representaron una amenaza seria para Estados Unidos. Lo que de verdad asustaba a la población era la idea de un hongo nuclear). La preocupación por ese programa contribuyó a convencer a muchos moderados de que una guerra contra Irak era una buena idea, y el Congreso dio luz verde a Bush para seguir adelante con la ofensiva.

Al final, cayeron en descrédito los argumentos que daban credibilidad a un programa nuclear iraquí. Una de las dos pruebas clave, la compra por parte de Irak de tubos de aluminio, resultó ser una interpretación equivocada: no servían para el enriquecimiento del uranio, su supuesto fin. Se comprobó que la otra pieza fundamental, los documentos que presuntamente demostraban que Irak había comprado uranio a Nigeria, era una burda

falsificación. Pero, para entonces, Bush promocionaba la idea de que Estados Unidos, al instalar un Gobierno democrático en Irak, crearía una ola de democratización en toda la región; un objetivo idealista que obtuvo, una vez más, el respaldo de muchos moderados bienintencionados. Sólo cuando la guerra ya estaba en marcha, James Woolsey, al que todos consideraban aspirante a un puesto elevado en el Gobierno de ocupación, afirmó que el conflicto iraquí era el comienzo de la “cuarta guerra mundial” (siendo la guerra fría la tercera) y que se extendería también a Siria e Irán.

Existe una pauta en esa conducta; de hecho, se podría contar algo muy parecido sobre las políticas relativas a la energía, el medio ambiente, la sanidad, la educación, etcétera. En todos los casos, los funcionarios que diseñan las líneas políticas en el Gobierno Bush poseen un largo historial de posicionamientos de extrema derecha, lo que habría de indicar que la propia Administración tiene análogos objetivos. Sin embargo, el Gobierno ha tranquilizado siempre a los moderados simulando que sus intenciones eran otras, al ofrecer razones para sus actuaciones políticas que no aparentan ser tan extremas. Los moderados han seguido en todos los casos la estrategia del apaciguamiento, y han procurado llegar a un acuerdo con el Gobierno, al tiempo que subestimaban el extremismo de sus proyectos y la sucesión de promesas incumplidas. El joven Kissinger estaba en lo cierto: aquellos que se han acostumbrado a la estabilidad no logran creerse lo que está ocurriendo cuando han de enfrentarse a un poder revolucionario, por lo que no consiguen contrarrestarlo de manera eficaz.

Llegados a este punto, he de admitir que no estoy del todo seguro de *por qué* está ocurriendo esto, por qué nos encontramos ahora ante un desafío tan extremo a nuestro sistema político y social. A los ricos les fue muy bien durante la década de 1990; ¿por qué ese horror a todo lo que suene, aunque remotamente, a una redistribución de la renta? Las empresas florecieron; ¿por qué esa ansia por acabar con las humildes normativas de regulación ambiental? Las iglesias de todo signo prosperaron; ¿por qué ese ataque contra la separación entre la religión y el Estado? El poder y la influencia norteamericanos nunca fueron mayores; ¿por qué esa tendencia a romper nuestras alianzas y a embarcarse en aventuras militares? No obstante, resulta cada vez más claro que todo eso son cosas que la derecha desea hacer.

¿Cómo deberíamos contestarle los que no estamos de acuerdo con tales objetivos?

### Normas para informar

En estos tiempos, el primer paso es comprender qué sucede. Como periodista a tiempo parcial, reflexiono sobre la situación según las normas existentes para informar: o sea, cómo contar una historia. Pero éstas se aplican, asimismo, a cualquier ciudadano que se sienta afectado e intente comprender las noticias.

#### 1. *No suponga que las propuestas políticas han de entenderse en función de los objetivos declarados*

Cuando uno está tratando con una fuerza revolucionaria, es importante darse cuenta de que ésta sabe lo que desea y que empleará cualquier argumento que le acerque a su objetivo. Por tanto, no habría de suponerse que las afirmaciones que hace sobre sus actos sean verdaderas en sí mismas. El plan de Bush para privatizar la Seguridad Social no constituía una forma dudosa e ineficaz de fortalecer las finanzas públicas; no tenía nada que ver con su fin declarado y, en realidad, habría agravado los problemas del sistema. El Gobierno Bush presentó a inicios de 2003 sus propuestas de recortes de impuestos anunciándolas como un programa para acelerar el crecimiento económico. Sin embargo, cuando la Oficina de Presupuestos del Congreso –cuyo nuevo director había trabajado para el Gobierno hasta pocos meses antes– evaluó los efectos del plan sobre el crecimiento, no encontró razones para pensar que éstos serían positivos de un modo significativo. Por otro lado, la mayor parte de los analistas independientes previeron que una guerra contra Irak no sólo no reduciría el riesgo de un ataque terrorista, sino que lo aumentaría.

Para un periodista, enfrentarse a argumentos descaradamente falsos es algo muy duro; por su inclinación y formación, el profesional intentará siempre ver las dos caras de un asunto, pues le resulta difícil incluso pensar que una personalidad política importante sencillamente esté mintiendo sobre el contenido de sus propuestas. He oído que varios periodistas se enfadaron mucho cuando bromeé diciendo que si Bush afirmaba que el mundo era plano, los titulares de los análisis informativos serían: “La forma de la Tierra: opiniones discrepantes al respecto”; los airados periodistas pensaron que me burlaba de cada uno de ellos en particular.

Para ser justo, cuando uno trata con movimientos políticos corrientes, tiene

sentido imaginar que hacen de buena fe sus propuestas, correctas o equivocadas. Pero cuando uno se enfrenta a un movimiento revolucionario, que como tal no acepta la legitimidad del sistema vigente, no hay razón para suponer tal cosa. Esos movimientos, que no se preocupan por las reglas del juego, no tienen escrúpulos en presentar sus metas con falsedades. David Wessel, de *The Wall Street Journal*, escribió acerca de un asesor de la Casa Blanca que dijo una cosa de forma oficiosa y lo contrario oficialmente. Cuando Wessel protestó, el asesor le dijo: “¿Por qué he de mentir yo? Porque es lo que se espera de mí. Mentir a la prensa no le causa remordimientos de conciencia a nadie”.

## 2. Haga algunos deberes para averiguar los objetivos reales

No existía ninguna teoría económica ampliamente aceptada, ni de derechas ni de izquierdas, según la cual el tipo de recortes impositivos propuesto a inicios de 2003 —que acabaría de forma gradual con los gravámenes sobre las rentas de capital, pero inyectaría muy poco dinero en la economía en el primer año— tenga algún sentido como medio para crear empleos a corto plazo. Sin embargo, los funcionarios del Gobierno promocionaron su plan como si fuese una estrategia para la creación de puestos laborales. ¿Estaban mal informados? No, en realidad no lo estaban. Fuera lo que fuera lo que dijese esos funcionarios, su meta no era el crecimiento económico.

Y, además, no resultaba difícil imaginarse cuál era el verdadero objetivo. Como señalé más arriba, los conservadores de extrema derecha defienden hace tiempo la desaparición de los impuestos sobre el capital, y eso era, en efecto, lo que lograría la propuesta gubernamental. Por tanto, la forma de entender esa propuesta política sería verificar lo que deseaban aquellos que la habían elaborado antes de procurar la aceptación pública de sus planes.

Ése es un principio general para comprender lo que está ocurriendo: hacer algunos deberes para averiguar lo que *en realidad* quieren esas personas. No me refiero a profundos motivos ocultos; por lo general, sus verdaderas metas son del dominio público. No hace falta más que enterarse de lo que aquellos que defienden esa propuesta política dijeron antes de intentar venderla a la población general. Cuando se descubre que el funcionario que hoy está al cargo de la política forestal pertenecía antes al grupo de presión de la industria maderera, uno puede suponer

que la iniciativa de los “bosques sanos”, según la cual las empresas de tala de árboles podrían derribar más ejemplares, no tiene como fin prevenir los incendios forestales. Cuando se sabe que el líder de la mayoría en el Congreso ha declarado que su propósito en el cargo es promocionar una “visión bíblica del mundo”, uno supone que las iniciativas “basadas en la fe” no poseen como objetivo principal la prestación de servicios sociales con más eficacia. Cuando uno se entera de que los que planearon la guerra de Irak llevan una década ansiando derribar a Sadam, puede figurarse que esa guerra no tiene nada que ver con una respuesta al 11 de septiembre.

Una vez más, les resulta difícil a los periodistas enfrentarse a eso: no quieren dar la impresión de ser unos locos de la teoría de la conspiración. Pero no hay nada de insano en investigar los verdaderos objetivos del ala derecha; por el contrario, no es realista pensar que en este caso *no exista* una especie de conspiración, aunque su organización y metas sean muy claras.

## 3. No presuponga que son aplicables las reglas políticas habituales

Washington tiene, hace tiempo, una rutina para los escándalos. Se descubren unos hechos embarazosos acerca de algún funcionario y la prensa se lanza sobre la historia; poco después, se le solicita discretamente al funcionario que dimita, y la vida sigue.

Por consiguiente, cuando varios funcionarios del Gobierno Bush empezaron a tener problemas, se esperaba que ocurriera lo mismo, pero eso no sucedió. Stephen Griles, perteneciente al grupo de presión de la industria carbonífera, fue nombrado secretario adjunto de Interior e intervino a favor de un antiguo cliente en un conflicto en torno a una explotación energética; todavía sigue ahí. Thomas White, antes un ejecutivo de Enron, fue nombrado secretario del Ejército; luego se descubrió que su departamento en aquella empresa había generado beneficios ficticios; pero él todavía sigue ahí. Se averiguó que Richard Perle, presidente del Consejo Asesor de la Política de Defensa, tenía negocios que levantaban fuertes interrogantes sobre un conflicto de intereses, pero fue rebajado simbólicamente, de presidente a miembro del mismo órgano, y todavía sigue ahí. Y tanto el presidente como el vicepresidente han desestimado, por supuesto, cualquier inquietud acerca de sus más que cuestionables carreras como empresarios.

¿Por qué no se aplican las normas acostumbradas? Porque un poder revolu-

cionario, que no considera legítimo el sistema existente, no se siente obligado a respetar las reglas del juego. ¿Hay indicios de escándalo sobre los funcionarios del Gobierno? No importa: Fox News, *The Washington Times* y *The New York Post* no tratarán la historia; hostigarán, por el contrario, a otros medios de comunicación si éstos intentan transformarla en un caso. ¿Hay quejas con respecto a la forma en que se está llevando la seguridad interior? Una ola repentina de alertas terroristas ahogaría el asunto. “¡Pero ellos no harían eso!”, protestan las personas sensatas, y la verdad es que un régimen normal no lo haría. Sin embargo, no estamos tratando con un régimen corriente, sino con un poder revolucionario.

## 4. Dé por hecho que un poder revolucionario responderá a las críticas atacando

Un poder revolucionario, que no acepta la legitimidad del sistema en vigor, tampoco respeta el derecho de los demás a criticar sus actos. Todo aquel que le cuestione puede esperar un contraataque sin miramientos.

Hubo un ejemplo espectacular en abril de 2003. John Kerry, uno de los candidatos mejor colocados para las próximas elecciones a la presidencia de los demócratas, afirmó en público: “Lo que necesitamos ahora no es sólo un cambio de régimen con relación a Irak y Sadam Husein, sino también en Estados Unidos”. Según las normas usuales de la retórica política —incluso en tiempos de guerra—, no se trataba de algo extraordinario. Por ejemplo, en las elecciones de 1944, es decir, en el clímax de la Segunda Guerra Mundial, cuando millones de soldados norteamericanos se dejaban la piel en numerosos frentes, Thomas E. Dewey tildó durante la campaña a Franklin D. Roosevelt de “viejo cansado”. Que yo sepa, nadie lo consideró una traición. Al fin y al cabo, no es posible tener elecciones libres si no se puede criticar al titular del cargo, y ¿no era por la libertad por lo que luchábamos?

La tradición de tolerancia hacia las críticas, incluso en tiempos de guerra, ha persistido. Por ejemplo, Tom DeLay fue un crítico acerbo del presidente Bill Clinton durante la campaña de Kosovo de 1999, culpándole por las muertes de civiles e instándole a suspender la lucha. Algunos alzaron las cejas, pero la carrera de DeLay no se vio perjudicada. Sin embargo, ahora que un poder revolucionario ocupa la Casa Blanca, las reglas han cambiado. “El senador Kerry se excedió gravemente cuando se atrevió a opinar que el



comandante en jefe norteamericano debería ser sustituido, en un momento en que Estados Unidos está en guerra”, declaró el presidente del Comité Nacional Republicano, el cual fue secundado por numerosos políticos de ese partido que pusieron en duda el patriotismo de Kerry. (Se da el caso de que Kerry es un excombatiente condecorado de la guerra de Vietnam).

Lo ocurrido con Kerry no fue más que el último de una serie de episodios en los que se demoniza a aquellos que censuran o critican al Gobierno, se pone en duda su ética y, si posible, se destruye su carrera. Como mencioné con anterioridad, el partido republicano repartió panfletos que vinculaban a Tom Daschle, el líder de los demócratas en el Senado, con Sadam Husein; se preguntaban, con éxito, acerca del patriotismo del senador Max Cleland, que perdió tres miembros de su cuerpo en Vietnam.

Todo eso era previsible. El Gobierno Bush se ha vuelto famoso por su intolerancia hacia la disensión, incluso la proveniente de aquellos que, casi siempre, están de su parte. Según *The Washington Post*, “los legisladores del partido republicano y los grupos de presión dicen que el Gobierno Bush ha empleado con los amigos y los aliados tácticas extraordinariamente feroces y vengativas”. Hasta cierto punto, eso puede reflejar los valores familiares del presidente; pero también es lo que se esperaba de un poder revolucionario. He aquí otra cita de Kissinger: “La característica distintiva de un poder revolucionario no es el que se sienta amenazado... sino que nada puede tranquilizarlo [las cursivas son de Kissinger]. Sólo considera una garantía suficiente para la seguridad absoluta la neutralización del adversario”.

##### 5. No crea que existen límites para los objetivos de un poder revolucionario.

Cuando se presentó el recorte de impuestos de 2001, muchos moderados minimizaron su importancia, considerándolo una pequeña reversión de las subidas de impuestos de la década de 1990; incluso si discrepaban de la medida, supusieron que no era una mala idea permitir que Bush consiguiera lo que quería. Cuando las proyecciones del presupuesto empleadas para justificar los recortes demostraron ser en exceso optimistas, los moderados instaron al Gobierno a reconsiderar sus planes, creyendo que les escucharía y se llegaría a un acuerdo. El Gobierno respondió proponiendo bajadas impositivas adicionales, y a los senadores que habían votado a favor en la primera ronda de re-

cortes les resultó difícil explicar las razones por las que se oponían a más de lo mismo.

Sólo ahora, la opinión respetada empieza a reconocer que el objetivo real del Gobierno ha sido, desde el principio, eliminar la tributación de las rentas del capital y reducir drásticamente, cuando no suprimir, la progresividad del sistema tributario; y que el aplacamiento inicial de los moderados eliminó el principal obstáculo para la consecución de esos fines. Además, no estoy seguro siquiera de que la desaparición de los impuestos sobre el capital y el cese de la progresividad fiscal sobre los salarios marquen el límite de las ambiciones gubernamentales. ¿Suprimir impuestos, cualquiera de ellos?

De forma análoga, unos cuantos moderados apoyaron la guerra contra Irak, tomándola como una medida excepcional para hacerle frente a un dictador brutal y peligroso. Pero cada vez resulta más claro que el núcleo del Gobierno considera esa guerra nada más que como el comienzo de la “doctrina Bush”, según la cual el poder de Estados Unidos se empleará con agresividad en gran parte del mundo. Y, una vez dado el primer paso, les resulta difícil a los moderados explicar por qué no respaldan el derrocamiento de otros dictadores. *Pax Americana*, ahí vamos.

Debe haber límites en alguna parte a lo que la derecha en verdad intentará llevar a cabo. Es posible que nos conduzca a un sistema tributario en el que los pobres paguen una proporción más elevada de su renta que los ricos, pero no puede llevarnos a uno en el que los ricos paguen efectivamente menos que los pobres... ¿o sí? Es posible que el enfrentamiento se extienda de Irak a Siria e Irán, pero no es posible amenazar con una fuerza militar a países que ya son democráticos... ¿o sí? No sé hasta dónde va el plan de la derecha, pero he aprendido a no dar nunca por sentado que se la podrá apaciguar a través de concesiones parciales. Los analistas que previeron que el Gobierno Bush se moderaría se han equivocado de forma sistemática. Kissinger, otra vez: “La esencia de un poder revolucionario consiste en ser consecuente con sus convicciones, y en estar dispuesto a llevar, incluso con impaciencia, su ideario hasta su realización definitiva”.

Así que esto es lo que hay. Sospecho que a muchos lectores, pese a todo lo ocurrido, éste les parecerá un cuadro alarmista. Como escribió Kissinger: “A los que avisan del peligro, se los toma por alarmistas; a los que aconsejan adaptarse a

las circunstancias, se los considera equilibrados y sanos”. Pero, hasta ahora, los alarmistas han tenido razón en todas las ocasiones. ¿Qué podemos hacer?

### La gran reacción

Cada vez más personas empiezan a darse cuenta de la seriedad de la situación. Quizá fuera Andy Rooney, del programa *60 Minutes* de la CBS, quien lo expuso mejor: “La única noticia realmente buena será que ha terminado esta época terrible de la historia norteamericana”.

¿Qué hacer para que esa buena noticia se adelante?

Para albergar esperanzas de que ocurra un cambio de sentido, uno ha de creer que la mayoría de los norteamericanos en realidad no apoya el programa de la derecha; que el país en su conjunto es más generoso, más tolerante y menos militarista que aquellos que hoy lo gobiernan. Y pienso que eso es verdad; si no fuera por lo bien que la derecha oculta sus objetivos y hace alarde de patriotismo, creo que la mayor parte de los estadounidenses mostraría una fuerte disconformidad con la dirección que está tomando el país.

Tengo el sueño –quizá sólo la esperanza– de que ocurra una gran reacción: de que el pueblo norteamericano constate lo que está sucediendo, se dé cuenta de que han abusado de su patriotismo y su buena voluntad y ponga fin a esta ofensiva de destrucción de gran parte de lo mejor que tiene este país. Cuándo y cómo llegará este momento, no lo sé. Pero algo está claro: eso no sucederá a menos que todos nos esforcemos por ver y contar la verdad de lo que está pasando. **n**

[Versión abreviada del prefacio y la introducción del libro *El gran engaño*, Editorial Crítica, 2004. Traducción de Isabel Campos Adrados].

**Paul Krugman** es profesor de economía en la Universidad de Yale. Autor de *El retorno de la economía de la depresión*.

## LA TEORÍA DE LA BOFETADA

Los datos sobre empleo publicados hace unos días -tan débil que muchos economistas declaraban que ya estamos en recesión- son una mala noticia. Pero en realidad son menos preocupantes que lo que está ocurriendo en los mercados financieros. Lo más terrorífico que he leído recientemente es un discurso pronunciado por Tim Geithner, presidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Geithner estuvo todo lo cerca de decir que estamos al borde del desastre económico que un funcionario de la Reserva Federal puede permitirse.

Para entender la gravedad de la situación hay que saber qué hizo la Reserva Federal (Fed) el pasado verano, y de nuevo el pasado otoño. En agosto, la palabra de moda entre las autoridades económicas era "contenidos": los problemas de las hipotecas basura no se extenderían a otros mercados financieros, ni al conjunto de la economía.

Poco después, sin embargo, se desataba un pánico financiero general. Los inversores retiraron cientos de miles de millones de euros de papel comercial respaldado por activos, un mercado poco conocido pero importante que ha asumido buena parte del trabajo del que solían encargarse los bancos. Este pánico bancario enviaba ondas expansivas a todo el sistema financiero.

La Reserva Federal respondió aportando dinero a los bancos, y los mercados se calmaron en parte, durante un tiempo. Pero en diciembre volvía el pánico y, una vez más, la Reserva Federal respondió inyectando dinero a los bancos, esta vez mediante un nuevo sistema denominado Programa de Subasta a Plazo [*Term Auction Facility*]. Una vez más, los mercados se calmaron, durante un tiempo. Una consecuencia de la crisis es que si bien la Reserva Federal ha estado recortando los tipos de interés que controla, los tipos que influyen de manera más directa en la economía, como los hipotecarios y los de los bonos empresariales, han seguido subiendo. Y eso agudizará la crisis económica.

¿Qué está ocurriendo? Geithner describe un círculo vicioso en el que todos los bancos y otros actores del mercado que asumieron riesgos excesivos intentan librarse de las inversiones inseguras todos a la vez, lo cual está causando "significativos daños colaterales en el funcionamiento del mercado".

Un informe publicado por JP Morgan Chase es incluso más contundente. Describe lo que está ocurriendo como una "exigencia sistemática de reposición del margen de garantía" en la que todo el sistema financiero se enfrenta a exigencias de aportar un dinero en metálico que no tiene.

A los bancos que pudieran recaudar dinero en metálico mediante la venta de activos se les anima a solicitar dinero a la Reserva Federal, usando los activos como garantía. En el peor de los casos, la Reserva Federal se vería convertida en propietaria de unos 131.000 millones de euros en títulos con garantía hipotecaria.

A algunos observadores les preocupa que la Reserva Federal esté asumiendo el riesgo financiero de los bancos. Pero lo que a mí me preocupa más es que la medida parece insignificante en comparación con el tamaño del problema: 131.000 millones de euros pueden parecer muchísimo dinero, pero cuando se comparan con el tamaño de los mercados que se están viniendo abajo (hay 7,5 billones de euros en hipotecas estadounidenses pendientes de pago), es como una gota en el océano.

El único modo de que la medida de la Reserva Federal pueda funcionar es mediante el efecto bofetada: si impone un tiempo muerto en esta fiebre de ventas, la Reserva podría dar a los mercados histéricos la oportunidad de recuperar el sentido de la perspectiva. Pero la bofetada sólo funciona si los problemas del mercado son cuestión de mera psicología. Y dado que la Reserva Federal ya ha abofeteado al mercado en la cara dos veces, sólo para que la crisis financiera volviese enseguida a rugir, resulta difícil de creer.

Puede que a la tercera vaya la vencida, pero lo dudo. Probablemente pronto se tendrá que hacer algo de verdad para reducir los riesgos a los que se enfrentan los inversores. Un plan para restaurar la credibilidad de los bonos municipales sería un punto de partida (¿no es una locura que a este respecto sea el Estado de Nueva York el que lleva la delantera, y no el Gobierno federal?).

Nadie quiere poner en aprietos a los contribuyentes por las locuras del sector financiero; todos podemos esperar que, al final, no haga falta una ayuda de emergencia. Pero una esperanza no es lo mismo que un plan.

## LA CONSPIRACIÓN NEOCONSERVADORA

La naturaleza del dominio que ejerce el movimiento conservador sobre el Partido Republicano puede resumirse sencillamente en los siguientes términos: sí, amigos, hay en marcha una vasta conspiración derechista, esto es, se halla en acción un entramado de instituciones que, en última instancia, responden a los intereses de un reducido grupo de personas encargadas colectivamente de recompensar a los leales y de penalizar a los desafectos. Esas instituciones ponen a disposición de políticos obedientes los recursos necesarios para ganar elecciones, refugios seguros en caso de derrota y oportunidades de llevar a cabo una lucrativa carrera profesional una vez su mandato toque a su fin. Además, no dejan de garantizar una cobertura mediática favorable a los políticos adeptos a la línea oficial del partido, al tiempo que acosan y minan a los que se muestran contrarios a ella, sin dejar tampoco de prestar apoyo a una legión de intelectuales y activistas del partido.

Aunque los *think tanks* derechistas distan de resultar el elemento más destacado de esa "vasta conspiración", resulta útil tenerlos presentes a fin de apreciar cómo funciona esa conspiración, tal como ilustran los siguientes ejemplos referidos a las actividades de tales *think tanks*.

Asunto: Bruce Bartlett, un economista conservador y antiguo miembro de la Administración de Reagan que trabaja en el National Center for Planning Analysis (NCPA), un *think tank* especializado en promover la política de privatizaciones. El NCPA se nutre, entre otros, de los fondos aportados por doce fundaciones conservadoras, entre las que se cuentan Castle Rock, Earhart, J. M. Koch, Bradley, Scaife y Olin. Desengañado por las acciones políticas emprendidas por George W. Bush, Bartlett escribe *Impostor*, un libro en el que reprocha a Bush no ser un auténtico conservador. No tarda en ser expulsado del puesto que ocupa en el *think tank* ya mencionado.

Asunto: senador Rick Santorum, un conservador de línea dura que representa al Estado relativamente moderado de Pensilvania, pierde su escaño en las elecciones al Congreso de 2006. Al instante pasa a convertirse en el director del programa *Los enemigos de Estados Unidos*, desarrollado en el Ethics and Public Policy Center (EPPC), una organización cuya misión declarada consiste en "clarificar y estrechar el vínculo existente entre la tradición moral judeo-cristiana y el debate público en temas de política interior y exterior". El EPPC está financiado mediante donaciones procedentes de ocho fundaciones conservadoras, a saber: Castle Rock, Earhart, Koch, Bradley, Smith Richardson, Olin y dos de las fundaciones Scaife.

Asunto: el National Center for Public Policy Research (NCPPR) es un *think tank* dedicado a "aportar soluciones de libre mercado a los problemas actuales en materia de política pública", una actividad que en años recientes ha pasado por sembrar dudas respecto al calentamiento global. En 2004 fue objeto de grandes titulares la noticia de que el NCPPR había ayudado a Jack Abramoff, notorio *lobbyista* republicano, a blanquear dinero, desviando un millón de dólares hacia una empresa falsa de correo directo cuya sede social coincidía

con el domicilio de Abramoff. ¿Por qué el NCPFR? Desde su fundación en 1982, este *think tank* ha sido presidido por Amy Moritz Ridenour, quien fuera miembro del equipo de Abramoff cuando éste obtuvo la presidencia de la asociación estudiantil del Partido Republicano en 1981. El marido de Ridenour también se halla en la nómina del NCPFR, de la que percibe, al igual que su esposa, ingresos millonarios que, lo mismo que el resto de los recursos puestos a disposición de ese *think tank*, provienen de las fundaciones conservadoras Castle Rock, Earhart, Scaife, Bradley y Olin.

La izquierda no cuenta con nada comparable a esa miríada de *think tanks* de la derecha. Así, la sección de *The Washington Post* titulada *Think Tank Town* "publica artículos procedentes de once destacados *think tanks*". De las once instituciones objeto de tal honor, cinco forman parte del movimiento conservador, a saber: el American Enterprise Institute, el Cato Institute, la Heritage Foundation, el Manhattan Institute y el Hudson Institute. Sólo uno, el Center for American Progress (CAP), que no fue fundado hasta el año 2003, puede considerarse órgano de expresión del movimiento progresista, mientras que otros *think tanks*, como la Brookings Institution, aunque a menudo catalogadas como "liberales", no dejan de constituir organizaciones vagamente centristas sin una línea política definida. Además del CAP, son pocos los *think tanks* progresistas, como el Center on Budget and Policy Priorities y el Economic Policy Institute, que desempeñan un papel significativo en el debate político. Por lo que se refiere a su dotación económica y de personal, tales organizaciones no dejan de resultar comparables a meros *pececillos* frente a los *cachalotes* del movimiento conservador.

La proliferación de *think tanks* conservadores que se registra desde la década de 1970 comporta la posibilidad de que un intelectual perteneciente a dicho movimiento llegue a disfrutar de un buen nivel de vida secundando ciertas posturas políticas. Se ha de pagar un precio, como descubriría Bruce Bartlett: el de actuar como un *apparatchik*, esto es, como un miembro del aparato sin opinión propia, un precio que muchos, no obstante, consideran que sí vale la pena pagar.

En gran medida, esos *think tanks* cobraron vida gracias a un puñado de fundaciones creadas por familias adineradas, sin perjuicio de que *think tanks* de mayor entidad, y en particular el Heritage y el American Enterprise Institute, perciban cuantiosos recursos procedentes de grandes corporaciones.

La red de *think tanks* conservadores se ve reproducida asimismo en el ámbito de la prensa, donde publicaciones tales como el *National Journal*, el *Public Interest* y el *American Spectator* surgieron, al igual que dichos *think tanks*, al abrigo de fundaciones derechistas que vienen a coincidir aproximadamente con las que los crearon. Asimismo existe un buen número de diarios encuadrados en el movimiento conservador: destaca el editorial de *The Wall Street Journal*, al que durante mucho tiempo ha correspondido un papel protagonista, y *The Washington Times*. Controlado por la Iglesia de la Unificación, fundada por el ingeniero norcoreano Sun Myung Moon en 1982, *The Washington Times* se ha convertido, de hecho, en el portavoz oficioso de la Administración de Bush, sin que tampoco quepa olvidar, por supuesto, la cadena de noticias Fox News,

cuyo lema *Fair and Balanced (Imparcial y Equilibrada)* no puede por menos que evocar las técnicas de manipulación de la realidad expuestas por George Orwell en su novela *1984*.

Finalmente, aunque no menos importante, hay que hablar del vínculo existente entre los políticos y los miembros de los *lobbies* corporativos, cuya aparente diversidad, tal como sucede con la de los *think tanks* conservadores, no hace sino soslayar el verdadero carácter centralizado del movimiento conservador. En ese sentido, hasta que su derrota en las elecciones al Congreso de 2006 lo obligó a asumir un nuevo cometido enfrentándose con los enemigos de Estados Unidos, el senador Rick Santorum se encontraba todos los martes con una docena aproximada de destacados *lobbyistas* en el marco de reuniones que, en el año 2003, el periodista de *The New York Times* Nicholas Confessore describía en los siguientes términos:

"Cada semana, los *lobbyistas* presentes en la reunión pasan una lista con los puestos disponibles y debaten a quién han de ser adjudicados. La misión de Santorum consiste en garantizar que cada puesto se vea ocupado por un político republicano de probada lealtad, ya se trate, por ejemplo, del jefe de la oficina de un senador, de un alto asistente de la Casa Blanca o de otro *lobbyista* de plena confianza. Una vez Santorum se ha decidido por un candidato, los *lobbyistas* presentes se aseguran de que quede bien claro a quién favorecerá la dirección del Partido Republicano".

Las reuniones semanales de Santorum y otros encuentros similares presididos por Roy Blunt, el encargado de velar por que sus compañeros del Partido Republicano asistan a las votaciones de la Cámara de Representantes y se pronuncien siguiendo la línea de dicho partido, suponían la culminación de la denominada "estrategia de la avenida K", nombre dado por el político republicano Grover Norquist y el también portavoz en la Cámara de Representantes de dicho partido, Tom DeLay, al plan de apartar a los demócratas de las organizaciones de *lobbyistas*, asignando los puestos correspondientes a republicanos leales. En parte, el objeto de dicho plan era garantizar que el Partido Republicano recibiera la parte del león de las aportaciones realizadas habitualmente a ambos partidos por parte de las empresas, estrangulando así las finanzas demócratas, propósito este último al que también contribuía la presión directa. Así, en 1995 el citado DeLay compiló una lista con los cuatrocientos comités de acción política más importantes y consignando, en cada caso, las sumas y los porcentajes de dinero aportados a cada partido, antes de llamar a capítulo a los cabilderos *desafectos* convocándolos a su despacho para *leerles la cartilla*. "Si se quiere participar en nuestra revolución, se han de seguir nuestras reglas", declararía DeLay a *The Washington Post*. De igual importancia resultaba, en cualquier caso, la circunstancia de que, ganando el control sobre los *lobbies*, los republicanos no hacían sino imponer lealtades dentro de su propio partido, al poner a disposición de éste un buen número de puestos patrocinados -y excelentemente bien pagados- con los que recompensar a quienes siguieran fielmente la línea marcada por el partido.

En esas circunstancias, las diferentes instituciones del movimiento conservador no dejan de suponer poderosos incentivos para que los políticos republicanos se sitúen ideológicamente bien a la derecha del centro político. Y es que no se trata meramente de obtener contribuciones para la campaña electoral, sino de asegurarse el futuro. De ese modo, y pese a que la opinión pública está firmemente convencida de que Medicare debería utilizar su capacidad negociadora para lograr una rebaja en los precios de las medicinas, el republicano, previa militancia en el Partido Demócrata, Billy Tauzin, en calidad de presidente del Comité de Energía y Comercio de la Cámara de Representantes entre 2001 y 2004, logró la aprobación de un proyecto de ley que prohibía explícitamente tal negociación sobre el precio de los medicamentos, sólo para acabar encabezando el principal grupo *lobbysta* de la industria farmacéutica y percibiendo por ello, tal como se ha informado, ingresos millonarios. Así las cosas, mientras que Rick Santorum, resultando obviamente derechista para un Estado como Pensilvania, no tuvo ninguna dificultad para obtener un buen puesto en un *think tank* tras su derrota, no ocurrió lo mismo con el moderado senador republicano por Rhode Island Lincoln Chafee, quien habiendo perdido aquel mismo año su escaño como senador, hubo de darse por satisfecho con ocupar, por un año, un puesto como profesor en una universidad de dicho Estado.

La derrota electoral de este último da cuenta de otro aspecto relativo a cómo las instituciones del movimiento conservador controlan el Partido Republicano, no limitándose a apoyar a quienes siguen fielmente la línea oficial del partido, sino castigando a quienes no lo hacen. Así, Chafee hubo de arrostrar unas terribles elecciones primarias por parte del ala derechista de su propio partido, quien designó como candidato, y oponente de Chafee, a Steve Laffey, el cual recibió más de un millón de dólares en señal de apoyo por parte del Club for Growth, organización especializada en "llamar al orden" a políticos republicanos que no se muestran suficientemente favorables a una rebaja de impuestos. "Queremos que se nos contemple como los garantes de la reducción de impuestos", declaró el a la sazón presidente de dicho club, Stephen Moore, en el año 2001. El club albergaba esperanzas de desembarazarse de Chafee después de que dos años antes un candidato patrocinado por dicho club hubiera estado a punto de derrotar al senador Arlen Specter, otro republicano relativamente moderado, en las primarias de Pensilvania. Y tales envites surten efecto, ya que, como un congresista republicano manifestó en el año 2001, "cuando ves al cien por cien de los republicanos votando a favor de la rebaja de impuestos propuesta por Bush, sabes que cada uno de ellos está mirando y no quieres que Steve Moore se ponga a reclutar candidatos en tu propia circunscripción electoral".

En cuanto a Specter, fue elegido como senador por vez primera en 1980, lo que le convierte en exponente de unos tiempos en los que en el partido conservador todavía había sitio para los moderados.

Por su parte, los políticos republicanos más jóvenes se han formado, en gran medida, dentro de un partido bajo la égida del movimiento conservador. Así, la derecha dura se había hecho ya con el control de la organización estudiantil del Partido Republicano hacia 1972, cuando nada menos que Karl Rove -quien,

como se ha dicho, acabaría siendo principal consejero político y artífice de la victoria de George W. Bush en el año 2004- resultó elegido presidente de dicha organización. Otros destacados miembros de la misma fueron los ya citados Grover Norquist, Rick Santorum y Jack Abramoff, así como el también conservador Ralph Reed. Los integrantes del movimiento conservador también se hallan al frente del Comité Nacional Republicano, siendo así responsables de reclutar a los candidatos de dicho partido al Congreso, puestos para los que no dejan de escoger a personas afines a sus propios planteamientos. De ese modo, los pocos republicanos moderados que quedaban en el Congreso eran, salvo raras excepciones, políticos elegidos antes de que Reagan fuera elegido presidente o, como fecha más tardía, con anterioridad a las elecciones de 1994, que consolidaron el dominio del partido por parte del ala conservadora encabezada por Gingrich.

Aún se hace necesario abordar una última cuestión: el movimiento conservador vela por una continuidad de objetivos que no se da entre sus rivales políticos. Así lo ilustra el hecho de que, una vez Jimmy Carter hubiera intentado, sin éxito, establecer una política energética que redujera la dependencia estadounidense de las importaciones petroleras, la cosa quedara allí y nadie esperase que Bill Clinton retomara esa cuestión donde Carter la había dejado. Por el contrario, cuando Ronald Reagan trató en vano de reducir las prestaciones ofrecidas por la Seguridad Social, los miembros del movimiento conservador encajaron aquel chasco como un mero revés táctico. En un ya famoso artículo publicado en 1983, analistas del Cato Institute y de la Heritage Foundation invocaban la necesidad de una "estrategia leninista" destinada a minar el apoyo de que gozaba la Seguridad Social, a fin de "preparar el terreno político de modo que no se repita el fiasco del último año y medio". Esa misma estrategia subyacía al intento de George W. Bush por privatizarla, de modo que hasta que el movimiento conservador no se vea derrotado -o a menos que ello suceda- con la misma rotundidad que el conservadurismo que imperaba antes del *new deal*, no dejarán de repetirse sucesivos intentos en el futuro. -



## EL ÉXITO LLAMA AL FRACASO

Crucen los dedos, toquen madera; es posible, aunque no es del todo seguro, que lo peor de la crisis financiera haya pasado ya. Ésta es la buena noticia.

La mala es que, a medida que van estabilizándose los mercados, se nos podrían estar escapando las oportunidades de realizar una reforma financiera esencial. Por consiguiente, es probable que la próxima crisis sea peor que ésta. Veamos cómo se ha desarrollado la historia hasta el momento.

Tras la crisis financiera que señaló el comienzo de la *gran depresión*, los impulsores de la reforma del *new deal* regularon el sistema bancario con el objetivo de proteger a la economía de futuras crisis. El nuevo sistema funcionó bien durante medio siglo.

Sin embargo, Wall Street terminó llevando a cabo una táctica evasiva ante la regulación, haciendo uso de complejos arreglos financieros para que la mayor parte del negocio de la banca quedara fuera del alcance de los reguladores. Washington podría haber revisado las reglas para que cubrieran este nuevo *sistema bancario en la sombra*, pero eso habría ido en contra de la ideología de la época del culto al mercado.

En lugar de eso, los principales responsables, empezando por Alan Greenspan y siguiendo por abajo, elogiaron la innovación financiera y desdeñaron las advertencias respecto a los riesgos cada vez mayores. Y entonces llegó la crisis. El pasado agosto, cuando los inversores empezaban a darse cuenta de la magnitud del desastre de las hipotecas, se derrumbó la confianza en el sistema financiero.

Creo que hemos tenido mucha suerte de tener a Ben Bernanke en la presidencia de la Reserva Federal (Fed) en estos tiempos difíciles. Puede que le falte el talento de Greenspan para hacerse pasar por el *Mago de Oz*, pero es un economista que ha reflexionado largo y tendido sobre la *gran depresión* y la *década perdida* de Japón en los años noventa, y comprende lo que está en juego. Bernanke se percató, más rápidamente que otros, de que nos encontrábamos en una situación que guardaba una semejanza muy grande con la gran crisis bancaria de 1930-1931. Su principal prioridad, por encima de cualquier otra preocupación, debía ser evitar una cascada de quiebras financieras que paralizarían la economía.

Los planes de la Reserva Federal estos últimos nueve meses me recuerdan a la antigua serie de televisión *MacGyver*, cuyo ingenioso héroe siempre se escapaba de situaciones complicadas montando útiles con unos cuantos objetos cotidianos y un poco de cinta adhesiva.

Como las instituciones en apuros no tenían el nombre de *bancos*, las herramientas habituales de la Reserva Federal para abordar los problemas financieros, diseñadas para un sistema centrado en los bancos tradicionales, resultaban en gran medida inservibles. Por eso ha improvisado unos arreglos

provisionales para salir del paso. Estaban el TAF y el TSFL (no pregunten), y las líneas de crédito para los bancos de inversión, y todo culminó con el rescate sin precedentes y legal por los pelos de Bear Stearns en marzo, un rescate no del propio Bear, sino de sus *contrapartes*, todos aquellos que estaban en el otro lado de sus apuestas financieras.

Aún no está nada claro si todas estas improvisaciones han resuelto la crisis, pero era lo que había que hacer y, por el momento, parece que las cosas se están calmando. Así que dos *hurras* por Bernanke. Desgraciadamente, su propio éxito -si es que ha tenido éxito- presenta otro problema: le da al sector financiero la oportunidad de bloquear la reforma.

Ahora sabemos que las cosas que no se llaman bancos pueden, a pesar de ello, generar crisis bancarias y que la Reserva Federal tiene que llevar a cabo rescates parecidos a los de los bancos por su bien. Por consiguiente, los fondos de cobertura, los vehículos especiales de inversión y otras cosas por el estilo requieren una normativa similar a la de la banca. En concreto, se les tiene que exigir que tengan el capital adecuado.

Pero aunque el sistema financiero fuera de control ha sido negativo para el país, ha sido muy positivo para los trapicheros, que se llevan unos honorarios astronómicos cuando las cosas parecen ir bien y luego consiguen escapar ilesos -y, de hecho, normalmente con grandes indemnizaciones por despido- cuando las cosas se tuercen. Ellos no quieren normativas; estabilizarían la economía, pero les cortarían las alas.

Y ahora que los nubarrones financieros se han disipado un poco, el viento contra una regulación razonable sopla con fuerza. Incluso la muy modesta propuesta de la Reserva Federal de limitar las hipotecas abusivas con nuevas normas está en la línea de fuego y hay signos alarmantes de que la Reserva podría echarse atrás. A lo mejor una victoria arrolladora de los demócratas en noviembre consigue revivir la causa de la reforma financiera, pero ahora mismo parece que no vamos a tardar en volver a lo de siempre.

El paralelismo que me preocupa es el que se puede establecer con lo que pasó hace 10 años, después de que quebrara el fondo de cobertura Long-Term Capital Management (LTCM), a raíz de lo cual se congeló temporalmente todo el sistema financiero.

Gracias a la suerte y a la astucia se pudo contener esa crisis, pero en lugar de servir de advertencia, dicho episodio alimentó la creencia errónea de que la Reserva Federal contaba con todas las herramientas que necesitaba para resolver las crisis financieras. Así que no se hizo nada para remediar las vulnerabilidades que puso de manifiesto la crisis de LTCM y que son las mismas que dan origen a la crisis actual, la cual es mucho más grave.

Y si no arreglamos el sistema ya, hay buenas razones para creer que la próxima crisis será aún mayor y que la Reserva Federal no tendrá suficiente cinta adhesiva para remendar las cosas.

## LA INEXISTENTE BURBUJA DEL PETRÓLEO

La burbuja del petróleo, ¿a punto de reventar?'. Ése era el titular del artículo publicado en *National Review* en octubre de 2004, que sostenía que el precio del petróleo, entonces a 50 dólares el barril, pronto se desplomaría.

Diez meses después, el petróleo se vendía a 70 dólares el barril. "Es una enorme burbuja", aseguraba Steve Forbes, el editor, quien advertía que la inminente caída en picado de los precios del petróleo haría que el reventón de la burbuja tecnológica pareciera un paseo en comparación.

A lo largo de los cinco años de subidas de precios del petróleo, que lo ha llevado desde los 25 dólares el barril hasta los 131 con los que cerraba su cotización la semana pasada, han sido muchas las voces que han declarado que se trata de una burbuja sin ningún fundamento en las leyes de la oferta y la demanda.

Así que tenemos dos preguntas: ¿son los especuladores los principales, o incluso los máximos, responsables de la subida de precios del petróleo? Y si no lo son, ¿por qué han insistido tantos analistas, año tras año, en que hay una burbuja del petróleo?

Es verdad que algunas veces los especuladores llevan los precios de las materias primas hasta límites que rebasan con creces el nivel recomendado por los fundamentos económicos. Pero cuando eso ocurre, hay señales reveladoras que simplemente no encontramos en el actual mercado del petróleo.

Imaginemos lo que ocurriría si el mercado del petróleo fuera viento en popa, con la oferta y la demanda equilibradas con un precio de 25 dólares el barril, y apareciera un puñado de especuladores que hace subir el precio hasta los 100 dólares. Aunque para los especuladores fuera simplemente un juego financiero, tendría enormes consecuencias en el mundo material. Para hacer frente a la subida de precios, los conductores conducirían menos, los dueños de viviendas tendrían que bajar los termostatos de sus casas y los propietarios de pozos de petróleo poco rentables tendrían que reabrirlos.

En consecuencia, el equilibrio inicial entre la oferta y la demanda se rompería y traería consigo una situación en la que la oferta superaría a la demanda. Este exceso de oferta haría bajar los precios de nuevo, a menos que alguien estuviera dispuesto a comprar el exceso de oferta y lo retirara del mercado.

Por consiguiente, la única manera de que la especulación pueda producir un efecto permanente en los precios del petróleo es si se produce una acumulación física, un aumento de las reservas particulares de la repugnante sustancia negra. Esto es de hecho lo que sucedió a finales de los años setenta, cuando el impacto de la interrupción del suministro iraní se vio agravado por el pánico generalizado que llevó a una acumulación de las reservas.

Pero esta vez no ha sido así: a lo largo de todo el periodo de la supuesta burbuja, las reservas se han mantenido más o menos a niveles normales. Esto nos dice que el aumento de los precios del petróleo no es la consecuencia de una especulación desmedida. Está provocado por factores esenciales, sobre todo la creciente dificultad de encontrar petróleo y el rápido crecimiento de economías como la de China. El aumento de los precios del petróleo en estos últimos años era inevitable para impedir que el crecimiento de la demanda excediera el crecimiento de la oferta.

Afirmar que el alto precio del petróleo no es una burbuja no significa que los precios no vayan a bajar nunca. No me sorprendería si una reducción de la demanda provocada por los efectos retardados de los elevados precios vuelve a colocar el precio del crudo por debajo de los 100 dólares por una temporada. Pero sí significa que los especuladores no son los protagonistas de la historia.

Entonces, ¿por qué seguimos oyendo afirmaciones en sentido contrario? Parte de la respuesta puede ser el indudable hecho de que mucha gente está invirtiendo actualmente en el mercado de futuros del petróleo, lo cual alimenta la sospecha de que los especuladores dirigen el espectáculo, aunque no hay pruebas concluyentes de que los precios hayan rebasado los límites.

Pero también hay un componente político. Por lo general, las denuncias sobre la especulación provienen de la izquierda del espectro político. Sin embargo, en el caso de los precios del petróleo, las protestas más fuertes en contra de los especuladores como principales responsables vienen de los conservadores, gente a la que uno normalmente no espera ver advirtiendo de las viles actividades de los bancos de inversión o de los fondos de cobertura.

La explicación de esta aparente paradoja está en que las falsas ilusiones le han ganado la partida al pensamiento mercantilista. Después de todo, una visión realista de lo que ha pasado estos últimos años da a entender que estamos destinados a vivir una era con un petróleo cada vez más caro y escaso.

Lo más probable es que las consecuencias de esta escasez no sean apocalípticas: Francia consume solamente la mitad de petróleo per cápita que Estados Unidos y, sin embargo, la última vez que me fijé, París no me pareció un páramo salvaje. Pero todos los pronósticos indican que nos dirigimos hacia un futuro en el que el ahorro de energía será cada vez más importante y en el que puede que, ¡horror!, muchas personas tengan que ir a trabajar en transporte público.

A mí, este panorama no me parece especialmente aborrecible, pero a mucha gente, principalmente de derechas, sí. Y por eso quieren creer que con que Goldman Sachs dejara de tener esa actitud tan negativa, enseguida regresaríamos a la época dorada del petróleo abundante.

Una vez más, no me sorprendería que los precios del petróleo bajaran en un futuro próximo; aunque yo también me tomo en serio la reciente advertencia de Goldman de que podrían llegar a los 200 dólares. Pero dejemos de hablar de una burbuja de petróleo.

## PERSPECTIVAS ECONÓMICAS EN “L”

Los precios de las viviendas están en caída libre. El desempleo aumenta. La confianza de los consumidores está alcanzando profundidades no vistas desde 1980. ¿Cuándo acabará todo? La respuesta es que probablemente no antes de 2010 o después. Barack Obama debería tomar nota.

Es cierto que algunos expertos en pronósticos siguen esperando una recuperación en "V", en la que la economía se recupere rápidamente de su contracción. Según este punto de vista, uno de estos días volverá a amanecer en Estados Unidos.

Pero si la experiencia de los últimos 20 años sirve de guía, la perspectiva para la economía no tiene forma de "V", sino de "L": en lugar de una recuperación, tendremos un periodo prolongado de resultados planos o, en el mejor de los casos, una lenta mejora.

Empecemos por la vivienda. De acuerdo con el índice Case-Shiller, ampliamente utilizado, el precio medio de la vivienda en Estados Unidos caía un 17% el año pasado. Pero estamos deshinchando una enorme burbuja inmobiliaria, y es probable que el precio de las viviendas siga bajando mucho más. En concreto, los precios reales de las viviendas, es decir, los precios ajustados a la inflación experimentada por el resto de la economía, subieron más del 70% entre 2000 y 2006. Desde entonces han bajado bastante, pero siguen estando un 30% por encima del nivel de 2000.

¿Deberíamos esperar que bajen hasta alcanzar ese nivel? Bien, a finales de la década de 1980, Los Ángeles experimentó una gran burbuja inmobiliaria localizada: los precios reales de las viviendas aumentaron aproximadamente un 50% antes de que la burbuja estallase. Los precios empezaron a caer un 25%, lo cual, combinado con la inflación constante, hizo que los precios reales de la vivienda cayesen otra vez hasta el nivel anterior a la burbuja.

Y he aquí el tema: este proceso tardó más de cinco años. Los precios de la vivienda en Los Ángeles no alcanzaron su punto mínimo hasta mediados de los años noventa. Si la actual contracción inmobiliaria sigue el mismo calendario, no veremos una recuperación hasta 2011 o más tarde.

¿Y qué hay de la economía en general? Podríamos sentir la tentación de consolarnos con el hecho de que las dos últimas recesiones, la de 1990-1991 y la de 2001, fueron bastante cortas. Pero en ambos casos, el fin oficial de la recesión fue seguido por un largo periodo de lento crecimiento económico y un aumento del desempleo que a la mayoría de los estadounidenses les parecía una recesión continuada.

Así, la recesión de 1990 acabó oficialmente en marzo de 1991, pero el paro siguió creciendo durante buena parte de 1992, y eso permitió a Bill Clinton ganar las elecciones basándose en la frase "es la economía, estúpido". La siguiente recesión empezó oficialmente en marzo de 2001 y acabó en noviembre, pero el desempleo siguió aumentando hasta junio de 2003.

Estos prolongados episodios parecidos a una recesión probablemente reflejan la naturaleza cambiante del ciclo empresarial. Las recesiones anteriores fueron más o menos diseñadas deliberadamente por la Reserva Federal, que subió los tipos de interés para controlar la inflación. Las contracciones modernas, en cambio, han sido como resacas después de los brotes de exuberancia irracional: el ahorro y el crédito inmobiliario gratis para todos en la década de 1980, la burbuja tecnológica en los años noventa y ahora la burbuja inmobiliaria.

Poner fin a las antiguas recesiones era fácil, porque todo lo que la Reserva Federal tenía que hacer era aminorar el ritmo. Acabar con las contracciones modernas es mucho más difícil, porque la economía necesita encontrar algo que sustituya a la burbuja pinchada.

A la Reserva Federal, en concreto, le está resultando difícil encontrar tracción en las recesiones modernas. En 2002, se tenía la fuerte sensación de que estaba "tirando de un hilo": seguía rebajando los tipos de interés, pero nadie quería endeudarse hasta que empezó la burbuja de la vivienda. Y ahora está volviendo a ocurrir. *The Onion*, como es habitual, daba directamente en el clavo con su reciente titular: "Nación plagada de recesiones busca nueva burbuja en la que invertir".

Pero probablemente no encontraremos otra burbuja, o al menos una lo suficientemente grande como para alimentar una recuperación rápida. Y esto tiene, entre otras cosas, importantes implicaciones políticas.

Teniendo en cuenta la situación de la economía, es difícil ver cómo puede Barack Obama perder las elecciones de 2008. Una anécdota: esta semana, al pasar por delante de una multitud que esperaba ante una sucursal de IndyMac, el banco que ha quebrado, un conductor gritó al pasar: "¡La economía de Bush no ha funcionado! ¡Ladrones republicanos de derechas!" La multitud lo vitoreó.

Pero lo que la economía da, también lo quita. Si la actual recesión sigue el típico patrón moderno, la economía seguirá deprimida hasta bien entrado 2010, o incluso más; suficiente tiempo para que la ciudadanía empiece a culpar al nuevo titular, y lo castigue en las elecciones de mitad de mandato.

Para evitar ese destino, Obama -si se convierte en el próximo presidente- tendrá que moverse con rapidez y energía para dar solución al descontento estadounidense con la economía. Eso supone otro plan de incentivos, mayor, mejor y más sostenido que el que ha aprobado el Congreso a principios de año. También significa aprobar medidas a más largo plazo para reducir la ansiedad económica: sobre todo, atención sanitaria para todos.

Si me preguntan a mí, no hay mucho suspense en las elecciones de este año: si no comete errores extraordinarios, Obama ganará. Suponiendo que gane, la verdadera cuestión es qué hará con su victoria.

## EL MIEDO Y EL LENTO DETERIORO

Hace un año, cuando empezaban a percibirse los primeros signos de la actual crisis financiera, yo insinué que esta crisis, a diferencia de la de 1998, similar a primera vista, no acabaría rápidamente. Y no lo ha hecho. La buena noticia, supongo, es que hemos experimentado un deterioro a cámara lenta, por así decirlo, sin Viernes Negros y demás. La forma paulatina en que se ha desarrollado la crisis ha dado pie a un debate sin sentido entre los economistas sobre si lo que estamos sufriendo merece realmente llamarse recesión. Pero incluso una crisis lenta puede causar mucho daño si dura más de un año.

Los precios de la vivienda descendieron cerca del 16% el año pasado, y no dan señales de que vayan a estabilizarse. Los perjuicios de esta bajada se han sentido ampliamente: hay millones de familias estadounidenses que no compraron activos hipotecarios y que no han perdido sus casas, pero que no obstante son más pobres por culpa de la destrucción de buena parte o la totalidad del aval crediticio que les aporta su vivienda.

Entretanto, el mercado de trabajo se ha deteriorado aún más de lo que podría suponerse observando el salto que ha dado la tasa de desempleo que vemos en los titulares. La valoración más amplia del desempleo, que tiene en cuenta el número rápidamente creciente de trabajadores obligados a aceptar recortes en las horas pagadas y en los salarios, ha aumentado del 8,3% al 10,3% en el último año, alcanzando aproximadamente el techo al que llegó hace cinco años. Y no se vislumbra el final.

Desde el pasado septiembre, Ben Bernanke y sus colaboradores de la Reserva Federal han bajado repetidamente los tipos de interés que controlan. Pero no han conseguido reducir los costes de los préstamos para el sector privado. Los intereses hipotecarios son aproximadamente los mismos que el verano pasado, y los tipos de interés que muchas empresas tienen que pagar han subido de hecho. Por lo tanto, la política de la Reserva Federal no ha servido para fomentar la inversión privada.

El problema es el miedo: la financiación del sector privado se ha agotado porque los inversores, quemados por las pérdidas sufridas en activos financieros que supuestamente eran seguros, se muestran ahora reacios a comprar nada que no esté garantizado por el Gobierno estadounidense. Y la proliferación de medidas de rescate especiales -el TAF

[Mecanismo de subasta de bonos con vencimiento fijo], el TSLF

[Mecanismo de préstamo de valores con vencimiento fijo] y el acuerdo Bear Stearns- tal vez haya servido para evitar el pánico ciego, pero no ha conseguido ni de lejos restaurar la confianza. Ah, y esas devoluciones de impuestos que el Congreso y la Casa Blanca acordaron enviar por correo ya han hecho todo lo que podían hacer. Mirando al futuro, es difícil ver cómo pueden los consumidores seguir gastando aunque sea al ritmo actual, lo cual

significa que probablemente las cosas empeorarán considerablemente antes de que empiecen a mejorar.

¿Qué más puede hacer la política? La Reserva Federal prácticamente ha agotado su munición: nadie cree que unos nuevos recortes de los tipos de interés sirvan para mucho. Y nada puede o debería hacerse para sostener el precio de las viviendas, que sigue estando demasiado alto después de ajustar la inflación. Washington tampoco puede evitar que continúe la escasez de créditos: las instituciones financieras, excesivamente grandes y con poco capital, tienen que controlar sus préstamos, y no es realista esperar que el sector público cargue con el muerto, en especial cuando instituciones semipúblicas también tienen problemas. Sin embargo, es recomendable establecer otro conjunto de estímulos fiscales más serios, como modo de sostener el empleo mientras los mercados superan los efectos secundarios de la burbuja inmobiliaria. El "plan económico de emergencia" anunciado por Barack Obama es un paso en la dirección adecuada, aunque sería preferible que fuera mayor y más audaz. Aun así, Obama ofrece más que John McCain, cuya política económica equivale principalmente a "mantener el rumbo".

Por cierto, es sorprendente que la mala situación económica no haya tenido todavía más impacto en la campaña. McCain propone en esencia mantener las políticas de un presidente cuyo índice de aprobación en economía es sólo del 20%. Entonces, ¿por qué Obama no le adelanta más en las encuestas?

Una de las respuestas podría ser que Obama, a quien a lo mejor inhibe su deseo de superar las líneas partidistas (¿y evitar elogiar al anterior presidente demócrata?), se ha mostrado sorprendentemente reacio a atacar el historial económico de Bush. Un ejemplo: si vamos a la página oficial de Obama en Internet y entramos en la sección de asuntos económicos, lo primero que vemos no es un llamamiento al cambio, sino una larga cita del candidato exaltando las maravillas del libre mercado, que fácilmente podría haber salido de un discurso del presidente Bush.

En todo caso, volvamos a la economía. Hace un año titulé una de estas columnas sobre las primeras fases de la crisis económica *Cosas que dan mucho miedo*. Un año después, con la crisis todavía en marcha, está claro que tenía razones para estar asustado.



## EL FIN DEL JUEGO DE LA CRISIS

El domingo, el secretario del Tesoro, Henry Paulson, intentó trazar una línea en la arena contra rescates adicionales de entidades financieras en crisis; cuatro días después, frente a una crisis financiera fuera de control, muchos en Washington parecen haber decidido que el Gobierno no es el problema, es la solución. Lo impensable -una asunción estatal de mucha de la deuda contaminada del sector privado- se ha convertido en lo inevitable.

Así es la historia hasta aquí: el auténtico shock tras el fracaso de la Fed en el rescate de Lehman no fue el desplome del Dow Jones, fue la reacción de los mercados crediticios. Básicamente, los prestamistas se pusieron en huelga: los inversores agotaron las existencias de deuda pública de Estados Unidos, que todavía se percibe como la más segura de todas las inversiones -¿si el Gobierno se va a la quiebra, cuánto puede valer cualquier otra cosa?-, y eso a pesar de que prácticamente no daba rentabilidad alguna, mientras que los prestatarios privados se quedaban ahogados.

Los bancos son normalmente capaces de prestarse dinero entre sí a tipo de interés sólo ligeramente por encima de las letras del Tesoro. Pero el jueves por la mañana, el tipo de interés interbancario medio era del 3,2%, mientras que el tipo de interés de los títulos del Tesoro a ese plazo era del 0,05%. No, no es un error de imprenta.

Esta huida hacia lo seguro ha cortado el crédito de muchos negocios, incluyendo el de los principales actores de la industria financiera, y eso, a su vez, nos conduce a nuevas grandes quiebras y más pánico. También está deprimiendo el gasto de las empresas, un mal asunto cuando las señales apuntan que la contracción económica se está agudizando.

Y la Reserva Federal, que normalmente asume el liderazgo en la lucha contra las recesiones, no puede hacer mucho esta vez, porque las herramientas tradicionales de política monetaria han perdido su eficacia. Normalmente, la Fed responde a la debilidad económica comprando letras del Tesoro, con el fin de hacer caer los tipos de interés. Pero a efectos prácticos, el tipo de interés de esos títulos es cero; ¿qué más puede hacer la Fed?

Bueno, puede prestar dinero al sector privado -y ha estado haciéndolo a una escala impresionante-, pero estos préstamos no han evitado que la situación se deteriore.

Hay sólo un destello de luz en el panorama: los tipos de interés hipotecarios han caído bruscamente desde que el Gobierno federal tomó el control de Fannie Mae y Freddie Mac y garantizó su deuda. Y hay una lección para aquellos preparados para escucharla: las tomas de control estatal pueden ser la única vía para hacer funcionar de nuevo al sistema financiero.

Algunos han estado elaborando esa tesis desde hace tiempo. Más recientemente, el antiguo presidente de la Fed Paul Volcker y otros dos

veteranos de crisis financieras pasadas publicaron una carta abierta en The Wall Street Journal señalando que la única manera de evitar "la madre de todas las contracciones crediticias" es crear una nueva agencia estatal que "compre todo el papel problemático", es decir, que los contribuyentes asuman los activos dañados generados por el estallido de las burbujas inmobiliaria y crediticia. Viniendo de Volcker, esa propuesta tiene alta credibilidad.

Miembros influyentes del Congreso, incluyendo la senadora Hillary Clinton y el demócrata Barney Frank, presidente del Comité de Servicios Financieros de la Cámara de Representantes, han estado manejando argumentos similares. Y el jueves, el senador Charles Schumer, presidente del Comité de Finanzas del Senado (y partidario de crear una nueva agencia para resolver la crisis) dijo a los periodistas que "la Reserva Federal y el Tesoro se están dando cuenta de que necesitamos una solución más integral".

El presidente de la Reserva Federal, Ben Bernanke, y Paulson se reunieron el jueves por la noche con los líderes del Congreso para debatir una "aproximación integral" al problema.

No sabemos todavía en qué consistirá esa "aproximación integral". Ha habido esperanzadoras comparaciones con el rescate financiero ejecutado por el Gobierno sueco a principios de los noventa, un rescate que supuso la toma de control pública temporal de una gran parte del sistema financiero del país. No está claro, sin embargo, si las autoridades de Washington están preparadas para ejercer un grado semejante de control.

Y si no lo están, éste podría convertirse en la clase equivocada de rescate, un salvamento de los accionistas y del mercado, librando a la industria financiera de los efectos de su propia avaricia.

Más aún, incluso un rescate bien diseñado costaría un montón de dinero. El Gobierno sueco dedicó el 4% de su producto interior bruto, lo que en nuestro caso serían unos 600.000 millones de dólares, si bien la carga final para los contribuyentes suecos fue mucho menor, porque el Gobierno fue ocasionalmente capaz de vender los activos que había adquirido, a veces con un agradable beneficio.

Pero no merece la pena lloriquear (disculpe, senador Gramm) sobre las perspectivas de un plan de rescate financiero. El sistema político de hoy en día en Estados Unidos no va a seguir el infame consejo que Andrew Mellon [secretario del Tesoro de Estados Unidos de 1921 a 1932, durante el crash de 1929 que condujo a la gran depresión] le dio a Herbert Hoover [presidente de Estados Unidos de 1929 a 1933]: "Liquida la mano de obra, liquida las acciones, liquida a los granjeros, liquida los bienes raíces". El gran rescate se acerca; la única duda es si se hará bien.

## DINERO A CAMBIO DE BASURA

Algunos escépticos llaman al plan de rescate de 480.000 millones de euros propuesto por Henry Paulson "dinero a cambio de basura". Otros han bautizado la legislación propuesta Autorización para el Uso de la Fuerza Financiera, en referencia a la Autorización para el Uso de la Fuerza Militar, la infame ley que dio al Gobierno de Bush luz verde para invadir Irak.

Hay algo de razón en estas pullas. Todos coinciden en que debe hacerse algo grande. Pero lo que Paulson solicita para sí mismo -y para su sucesor- es un poder extraordinario para emplear el dinero de los contribuyentes en un plan que, en mi opinión, no tiene ni pies ni cabeza.

Algunos dicen que debemos sencillamente confiar en Paulson porque es un tipo inteligente que sabe lo que hace. Pero eso es sólo verdad a medias: es un tipo inteligente, pero, ¿qué exactamente en la experiencia del pasado año y medio -un periodo durante el cual Paulson ha declarado repetidamente que la crisis financiera estaba "contenida", y después ha ofrecido remedios que no servían- justifica la creencia de que sabe lo que hace? Se lo inventa a medida que avanza, como el resto de nosotros.

Por eso, pensemos por nosotros mismos. Yo veo cuatro fases en la crisis financiera:

1. El estallido de la burbuja de la vivienda provoca un drástico aumento de la morosidad y de las ejecuciones hipotecarias, lo cual a su vez induce una caída de los precios de los activos hipotecarios, activos cuyo valor se deriva en última instancia de los pagos hipotecarios.
2. Estas pérdidas financieras dejan a muchas instituciones financieras muy escasas de capital: muy pocos activos en comparación con su deuda. Este problema es especialmente grave porque todo el mundo contrajo muchas deudas durante los años de la burbuja.
3. Como las instituciones financieras tienen demasiado poco capital en relación con su deuda, no pueden, o no quieren, proporcionar el crédito que la economía necesita.
4. Las instituciones financieras intentan pagar su deuda mediante la venta de activos, incluidos los activos hipotecarios, pero esto hace bajar los precios de los activos y empeora aún más su posición financiera. Este círculo vicioso es lo que algunos denominan la *paradoja del desendeudamiento*.

El plan de Paulson se basa en la compra por parte del Gobierno federal de activos problemáticos, principalmente activos hipotecarios, por valor de hasta 486.000 millones de euros. ¿Cómo resuelve esto la crisis?

Bien, podría romper el círculo vicioso del desendeudamiento, la cuarta fase de mi esquemática descripción. Pero ni siquiera eso está claro: están sometidos a

presión los precios de muchos activos, no sólo los de aquellos que el Tesoro propone comprar. Y aunque el círculo vicioso sea limitado, el sistema financiero seguirá paralizado por la escasez de capital.

O mejor dicho, seguirá paralizado por la escasez de capital a no ser que el Gobierno federal pague por los activos que compra un precio muy superior al real, proporcionando a las empresas financieras -y a sus accionistas y ejecutivos- una gigantesca lluvia de dinero a costa de los contribuyentes. ¿He mencionado que este plan no me convence?

La lógica de la crisis parece exigir que la intervención no se dé en la cuarta fase, sino en la segunda: el sistema financiero necesita más capital. Y si el Gobierno va a proporcionar capital a las empresas financieras, debería obtener aquello que corresponde a quien aporta capital: una parte de la propiedad, de modo que si el plan de rescate funciona, no vayan todos los beneficios a parar a los que provocaron el caos en primer lugar.

Eso es lo que ocurrió con la crisis de las cajas de ahorros: los federales se hicieron con la propiedad de los bancos malos, no sólo de sus activos malos. Y también es lo que ha ocurrido con Fannie y Freddie. (Y por cierto, ese rescate ha hecho lo que se suponía que debía hacer. Los tipos de interés hipotecario han bajado drásticamente desde la absorción estatal).

Pero Paulson insiste en que quiere un plan "limpio". En este contexto, "limpio" significa una ayuda financiera proporcionada por los contribuyentes sin condiciones a cambio: ninguna contrapartida por parte de los que reciben la ayuda. ¿Por qué es eso bueno? Si a eso le sumamos el hecho de que Paulson también exige una autoridad dictatorial, además de inmunidad frente a una revisión "por parte de cualquier tribunal u organismo administrativo", el resultado es una propuesta inaceptable.

Soy consciente de que el Congreso está sometido a una enorme presión para que apruebe el plan de Paulson en los próximos días, con unas cuantas modificaciones que, como mucho, harán que sea un poco menos malo. Básicamente, después de haberse pasado año y medio diciéndonos a todos que la situación estaba controlada, el Gobierno de Bush notifica que el cielo se nos viene encima, y que para salvar el mundo tenemos que hacer exactamente lo que nos dice, ya mismo.

Pero yo insto al Congreso a que se detenga a pensar un minuto, respire hondo, e intente en serio rehacer la estructura del plan, convirtiéndolo en un plan que ataje el problema real. No dejen que los avasallen; si este plan se aprueba en su forma actual o algo remotamente parecido, todos lo lamentaremos enormemente en un futuro no muy lejano. -

## UNA LLAMADA A LAS TRES DE LA MADRUGADA

Son las tres de la madrugada de un día de 2009, y en la Casa Blanca suena el teléfono. Varios grandes fondos de cobertura están a punto de caer, dice la voz al otro lado del teléfono, y es probable que cuando el mercado abra se produzca el caos. ¿En quién confiaría usted para recibir esa llamada?

No estoy siendo melodramático. El plan de rescate final es muchísimo mejor que la propuesta planteada en principio por Henry Paulson, lo bastante como para que valga la pena aprobarlo. Pero no es lo que llamaríamos un buen plan, y no pondrá fin a la crisis. Hay muchas probabilidades de que el próximo presidente tenga que enfrentarse a varias emergencias financieras importantes.

¿Y qué sabemos de la disposición de los dos hombres que más probabilidades tienen de acabar respondiendo a esa llamada? Bien, Barack Obama parece bien informado y sensato en asuntos económicos y financieros. John McCain, por su parte, me da miedo.

Respecto a Obama: es una lástima que no mostrase más dotes de liderazgo en el debate sobre el plan de ayuda económica, y prefiriese por el contrario dejar el asunto en manos de los demócratas del Congreso, especialmente Chris Dodd y Barney Frank. Pero tanto Obama como los demócratas del Congreso están rodeados por asesores muy entendidos y lúcidos, entre los que figuran expertos gestores de crisis como Paul Volcker y Robert Rubin.

Y entonces viene el terrorífico McCain; más terrorífico ahora que hace unos años. Naturalmente, hace mucho que sabemos que McCain no entiende mucho de economía; se dice que él mismo lo ha reconocido, aunque también niega que lo haya dicho. Eso no importaría demasiado si tuviera buen gusto para los asesores; pero no lo tiene.

Recuerden que su principal mentor en economía es Phil Gramm, el archidesregulador, que en sus días de senador se cuidaba especialmente de impedir la supervisión de los derivados financieros, precisamente los instrumentos que han hundido a Lehman Brothers y a

AIG y que han llevado a los mercados al borde del colapso. Gramm no tiene una función oficial en la campaña de McCain desde que declaró a Estados Unidos una "nación de quejicas", pero se le sigue considerando un candidato probable a secretario del Tesoro.

Y el año pasado, cuando los directores de campaña de McCain anunciaban que el candidato había reunido "una impresionante colección de economistas, catedráticos y destacados líderes políticos conservadores" para que le asesorasen sobre política económica, ¿a quién destacaban? A Kevin Hasst, coautor de Dow 38.000. Sobran los comentarios.

Claro que la mala calidad de los asesores de McCain refleja en buena parte el quebrado estado intelectual de su partido. ¿Ha habido alguna vez una

propuesta económica más patética que la sugerencia por parte de los republicanos de la Cámara de Representantes de que intentemos resolver la crisis financiera eliminando los impuestos sobre plusvalías? (Las instituciones financieras en quiebra no tienen, por definición, plusvalías que declarar).

Pero hasta el presidente Bush ha recurrido, en el ocaso de su Gobierno, a personas relativamente sensatas para tomar decisiones económicas; no soy admirador de Paulson, pero supone una enorme mejora respecto a su predecesor. En este punto, uno sospecha que el gobierno de McCain nos haría añorar la competencia de la era de Bush.

Sin embargo, la verdadera revelación de las últimas semanas es lo erráticas que son las perspectivas económicas de McCain. En un momento dado parece tener opiniones muy firmes, pero días después avanza en una dirección completamente distinta.

Así, el 15 de septiembre declaraba -al menos la decimoctava vez este año- que "los cimientos de nuestra economía son firmes". Eso era al día siguiente de que Lehman quebrase, Merrill Lynch fuese absorbida y la crisis financiera entrase en una nueva fase, todavía más peligrosa.

Pero tres días después declaraba que los mercados financieros de Estados Unidos se han convertido en un "casino", y que despediría al jefe de la Comisión del Mercado de Valores, algo que, por cierto, no está entre las competencias del presidente.

Y después descubría un nuevo conjunto de villanos: Fannie Mae y Freddie Mac, los prestamistas respaldados por el Estado. (A pesar de algunos escándalos reales en Fannie y en Freddie, estas dos empresas no han contribuido mucho a las causas de la crisis: la mayoría de los préstamos realmente incobrables procedían de prestamistas privados). Y acusó en tono moralista a otros políticos, como Obama, de estar bajo la influencia económica de Fannie y Freddie; pero resulta que una empresa propiedad de su director de campaña ha estado financiada por Freddie hasta el mes pasado.

Después, Paulson publicaba su plan y McCain entraba en el debate de manera vehemente. Pero luego reconocía, varios días después de la publicación del plan, de sólo tres páginas, que en realidad ni siquiera lo había leído.

Vale, creo que lo captan.

Resulta que la economía moderna es un lugar peligroso, y no es el tipo de peligro que uno puede afrontar hablando fuerte y denunciando a los delincuentes. ¿Tiene McCain el juicio y el temperamento necesarios para afrontar esa parte del puesto de trabajo que pretende conseguir?

## EL MOMENTO DE LA VERDAD

El mes pasado, cuando el Departamento del Tesoro [Ministerio de Hacienda] estadounidense permitió que Lehman Brothers quebrase, escribí que Henry Paulson, el secretario del Tesoro, estaba jugando a la ruleta rusa financiera. Sin duda, había una bala en la recámara: la quiebra de Lehman hizo que la crisis financiera mundial, ya grave de por sí, empeorase, mucho, mucho más.

Las consecuencias de la caída de Lehman quedaron de manifiesto en cuestión de días, pero los principales actores políticos han desperdiciado en buena medida las pasadas cuatro semanas. Ahora han llegado al momento de la verdad: más les vale hacer algo rápido -de hecho, más les vale anunciar un plan coordinado de rescate este fin de semana- o la economía mundial podría sufrir su peor recesión desde la Gran Depresión.

Hablemos de dónde nos encontramos en estos momentos. La crisis actual comenzó con el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, que causó una morosidad hipotecaria generalizada y, por lo tanto, grandes pérdidas en muchas instituciones financieras. La crisis inicial se ha visto agravada por los efectos secundarios al verse forzados los bancos a reducir su actividad por falta de capital, lo cual ha inducido una caída aún mayor del precio de los activos, y a su vez ha provocado pérdidas todavía mayores, y así sucesivamente, o sea, un círculo vicioso de desapalancamiento. La pérdida generalizada de confianza en los bancos, incluso por parte de otros bancos, ha reforzado este círculo vicioso.

La espiral descendente se aceleró después de la caída de Lehman. Los mercados de capital, que ya lo estaban pasando mal, se cerraron a efectos prácticos; uno de los chistes que circulan por ahí es que ahora mismo lo único que la gente quiere comprar son bonos del Tesoro y agua embotellada.

La respuesta a esta espiral descendente por parte de las dos grandes potencias monetarias mundiales, Estados Unidos y los 15 países que utilizan el euro, ha sido lamentablemente inadecuada.

Europa, que carece de un gobierno único, ha sido incapaz de trabajar unida; cada país ha ido inventándose su propia política, con escasa coordinación, y las propuestas para responder con una sola voz no han llevado a ninguna parte.

Estados Unidos debería de haber estado en una posición mucho más fuerte. Y cuando Paulson anunció su enorme plan de rescate hubo una breve oleada de optimismo. Pero rápidamente quedó claro que el plan adolecía de una falta crítica de claridad intelectual. El secretario del Tesoro propuso gastar 511.000 millones de euros en "activos problemáticos", valores hipotecarios tóxicos, de las entidades financieras, pero no logró explicar de qué manera resolvería esto la crisis.

Muchos economistas coinciden en que lo que debería haber propuesto Paulson, en cambio, es una inyección directa de capital en las empresas

financieras: el Gobierno estadounidense proporcionaría así a las instituciones financieras el capital necesario para funcionar, para de este modo frenar la espiral descendente, a cambio de una participación. Cuando el Congreso modificó el plan de Paulson, introdujo disposiciones que hacían posible, pero no obligatoria, una inyección de capital de este tipo. Y hasta hace dos días, el secretario del Tesoro seguía negándose en redondo a hacer lo correcto.

Pero el pasado miércoles el Gobierno británico, haciendo gala de la lucidez de pensamiento que se ha echado en falta a este lado del charco, anunció un plan para proporcionar a los bancos un capital nuevo de 62.000 millones de euros. Es decir, el equivalente, si se tiene en cuenta el tamaño de la economía del Reino Unido, a un plan de 368.000 millones de euros en Estados Unidos; además de numerosas garantías para las transacciones financieras interbancarias. Y ahora los responsables del Tesoro estadounidense dicen que piensan hacer algo parecido, utilizando la autoridad de que no querían disponer, pero que el Congreso les ha otorgado de todas las maneras.

La cuestión ahora es si estos pasos son demasiado cortos y se han dado demasiado tarde. Creo que no, aunque será muy alarmante si pasa este fin de semana sin que se haya anunciado con credibilidad un nuevo plan de rescate en el que participe no sólo Estados Unidos sino todos los actores importantes.

¿Por qué necesitamos la cooperación internacional? Porque tenemos un sistema financiero globalizado en el que una crisis que empezó con una burbuja en los chalés de Florida y las McMansiones de California ha causado una catástrofe monetaria en Islandia. Estamos juntos en esto y necesitamos una solución compartida.

¿Por qué es necesario que se lleve a cabo este fin de semana? Porque resulta que en Washington han tenido lugar dos reuniones importantes: una, el viernes, de altos cargos financieros de las principales naciones avanzadas, y tras ella la reunión anual del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial, el sábado y hoy domingo. Si estas reuniones acaban sin que se llegue por lo menos a un principio de acuerdo sobre un plan de rescate mundial -si todo el mundo se va a casa sin más que vagas declaraciones de que piensan controlar la situación-, se habrá dejado pasar una oportunidad de oro, y la espiral descendente podría fácilmente empeorar todavía más.

¿Qué se debería hacer? Estados Unidos y Europa deberían limitarse a decir: "Sí, primer ministro". El plan británico no es perfecto, sin embargo, los economistas están en su mayoría de acuerdo en que representa, con creces, el mejor modelo para un rescate más amplio.

Y el momento de actuar es ahora. Puede que piensen que las cosas no pueden empeorar más, pero sí que pueden, y si no se hace nada en los próximos días, lo harán. -



---

# Falta de trabajo

PAUL KRUGMAN 12/10/2003

---

Los economistas lo llaman "sofisma de la falta de trabajo". Es la idea de que hay una cantidad fija de trabajo que hacer en el mundo, con lo que cualquier aumento en la cantidad que cada trabajador puede producir reduce el número de empleos disponibles. Un ejemplo famoso: aquellas espantosas advertencias de los años cincuenta de que la automatización desembocaría en el desempleo masivo. Como su irónico nombre indica, es una idea que los economistas contemplan con desprecio, pero el sofisma reaparece cada vez que la economía se enfría. El sofisma de la falta de trabajo ha vuelto a salir a la superficie en Estados Unidos, aunque con un giro de tuerca. Tradicionalmente es un sofisma de la izquierda económicamente ingenua; por ejemplo, hace cuatro años, el Gobierno socialista francés intentó crear más puestos de trabajo reduciendo la duración de la semana laboral. Pero en estos momentos en EE UU es más probable oír hablar de la falta de trabajo desde la derecha, como excusa para los fracasos políticos del Gobierno de Bush.

La reaparición del sofisma del trabajo me vino a la mente cuando me di cuenta de las ganas con que algunos analistas estaban cogiendo un nuevo estudio de los economistas del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. En él, Erica Groshen y Simon Potter sostienen que el patrón de despedir trabajadores durante las recesiones y volver a contratarlos durante las recuperaciones ha cambiado: desde 1990, es mucho menos probable que los empresarios vuelvan a contratar a sus antiguos trabajadores. Al principio, me dejó perplejo el entusiasmo con el que unos expertos en negocios, normalmente optimistas y supuestamente prácticos, echaban mano de un documento relativamente erudito. La perplejidad se difuminó cuando leí más detenidamente estos comentarios: básicamente intentaban buscar excusas para el deprimente historial del Gobierno en el tema del empleo. Veán, dicen, no es que haya fracasado una política económica consistente básicamente en recortes fiscales para los ricos; no, se trata de un problema estructural de la economía, que da la casualidad que ha surgido ahora, y nadie podría haberlo hecho mejor.

La progresiva necesidad del pensamiento estadounidense sobre el tema del empleo resulta peligrosa en dos sentidos. En primer lugar, fomenta el fatalismo: si los políticos y la opinión pública creen que no se pueden crear nuevos puestos de trabajo, dejarán de presionar a nuestros líderes para que encuentren políticas más eficaces. Y sería una lástima, porque el Gobierno de Bush se ha negado en redondo a probar las políticas que tendrían más probabilidades de mejorar la situación del empleo. Los economistas sensatos llevan desde 2001 pidiendo ayudas federales para los gobiernos estatales y locales, a fin de que no sea necesario despedir a profesores y a policías por las caídas temporales de los ingresos. También han instado al Gobierno a que deje de hacerse el remolón con el tan necesario gasto en seguridad nacional, y no sólo porque ese gasto sea necesario para hacer el país más seguro, sino también porque crearía puestos de trabajo y pondría más dinero en manos de los consumidores.

En segundo lugar, el sofisma de la falta de trabajo alimenta el proteccionismo. Si la opinión pública deja de creer que la economía puede crear nuevos puestos de trabajo, exigirá que protejamos los antiguos empleos de la competencia de China y otros lugares. Los economistas pueden explicar hasta quedarse afónicos por qué sería mala idea limitar las exportaciones procedentes de los países en vías de desarrollo, por qué a EE UU le interesa mantener nuestros mercados abiertos a nuevos productores. De poco servirán los argumentos a favor del libre comercio si la experiencia con los puestos de trabajo perdidos ante la competencia china no puede compensarse con una promesa creíble de que se crearán nuevos empleos para sustituirlos.

Durante la recuperación sin empleo de Bush I (que, comparada con la experiencia reciente, pareció generar un alza extraordinaria de la contratación) se vio una prisa similar por achacar los problemas de EE UU a los extranjeros. ¿Se acuerdan del nauseabundo viaje del presidente a Japón en compañía de ejecutivos de la automoción? Si el coqueteo con el proteccionismo de principios de los años noventa olía a farsa, el actual estancamiento del empleo tiene visos de tragedia.